MOISÉS TORREGROSA

Cuarenta Años de Lucha

SANTIAGO DE CHILE
1921



CUARENTA AÑOS DE LUCHA

Cuarenta años de Lucha

APUNTES BIOGRÁFICOS

DE LA

Vida y Obra del
Rvdo. José Torregrosa

ESCRITOS POR

MOISÉS TORREGROSA



SANTIAGO DE CHILE
CASA DE PUBLICACIONES
de la
IGLESIA METODISTA EPISCOPAL
1921



Rev. JOSÉ TORREGROSA

DEDICO ESTE LIBRO A LOS INTRÉPIDOS CRISTIANOS QUE PUEBLAN LA PENÍNSULA IBÉRICA Y LOS PAÍSES HISPANO-AMERICANOS, COMO TESTIMONIO DE LA CONFIANZA QUE TENGO EN ELLOS, PARA TRASMITIR A NUESTRA RAZA, LA FUERZA DE SU CARÁCTER, LA SALUD DE SUS IDEAS Y LOS PRINCIPIOS SUBLIMES DEL EVANGELIO DE CRISTO. ¡LIBRO MÍO! TE LANZO A LA LUZ PÚBLICA PARA QUE HAGAS BIEN. DIOS TE BENDIGA A FIN DE QUE CUANTOS TE LEAN ENCUENTREN EN TUS PÁGINAS INSPIRACIÓN PARA SER MÁS ACTIVOS, MÁS CELOSOS, MÁS SANTOS Y MÁS PROPAGANDISTAS DE LA VERDAD.

MOISÉS TORREGROSA.

SANTIAGO DE CHILE, FEBRERO DE 1921.

IMPRENTA UNIVERSITARIA, ESTADO 63—SANTIAGO DE CHILE





Obras que hacen falta

La reducida lista de biografías de obreros evangélicos, de que adolece la literatura de nuestras iglesias de habla castellana, no se debe a falta de material para producirlas,—¡alabado sea Dios!

Relativamente nueva, como es la obra evangélica en idioma castellano, tanto en España como en América (si hemos de dejar de lado lo que en España se hiciera en tiempos de la Reforma, cuando tantos hombres y mujeres

de las diversas clases sociales, «de los cuales el mundo no era digno», expiaron en el potro, la hoguera y otros tormentos, el «crimen» de obedecer a Dios antes que a los hombres y de querer servir a Dios de acuerdo con su Palabra santa), sin embargo, no carece de los elementos necesarios para producir biografías de obreros abnegados que puedan servir de estímulo a los que, por inexperiencia o debilidad de fe, estén propensos a flaquear...

Sin ocuparnos de las penurias soportadas con encomiable entereza por el Comandante Labrador, del Ejército español, a causa de su fidelidad al Evangelio; sin relatar las mil vicisitudes experimentadas por el Rev. Don Francisco G. Penzotti en su bendita tarea de llevar el Evangelio a los que yacían en tinieblas en el Perú, Bolivia y Centro América; sin referirnos a las amarguras, graves peligros y constante amenaza de muerte sufridos por el evangelista Don Guillermo Payne y su difunta esposa, en Bolivia, ni mencionar los abundantes trabajos y apostólica abnegación de otros que, como aquéllos, aun no han terminado su carrera, tenemos en la lista de

los que ya han ingresado a la Iglesia Triunfante más de un trofeo del poder de la gracia divina con que activar la llama de la fe y de la perseverancia en los neófitos y en los corazones vacilantes.

Los huesos de Don José Mongiardini,—el colportor bíblico asesinado en 1879—por los enemigos de la verdad, reposan entre las nieves eternas de las montañas bolivianas y nada se ha escrito, que sepamos, acerca de la abnegación de aquel oscuro, pero noble servidor de Cristo, que prefirió sacrificar su vida antes que obedecer a los que le prohibían colocar la Biblia en manos del pueblo.

La biografía de Don Cipriano Tornos, de España; la de Don Juan Canut de Bon, de Chile; la del Dr. Guillermo Tallón y la del Rev. Don Ramón Blanco, de la Argentina, aun están por escribirse.

Y es fuera de duda que, además de los mencionados, ha habido otros obreros cuyas memorias deben perpetuarse en letras de molde, no sólo por hacerles justicia, sino también, para que el relato de su abnegación, fortaleza y perseverancia, así como su fe inalterable y su indomable valor en las horas de

peligro, sean instrumentos de estímulo para los que estudien sus biografías.

Es por eso que experimentamos sumo placer al leer el breve bosquejo contenido en las páginas de este librito, narrando las pruebas experimentadas por el Rev. Don José Torregrosa, en los cuarenta años de su testificación del Evangelio, en España, la Argentina y Chile.

El hecho de estar escrita por un hijo del biografiado tiene la inmensa ventaja de que los datos que nos proporciona sean, forzosamente, más exactos y copiosos que los que un extraño hubiese podido conseguir; si bien, por otra parte, tiene la desventaja de que la modestia del hijo, hablando de su propio padre, habrá restado parte del tributo de justicia que un extraño le habría discernido, fuera de toda duda.

Como quiera que sea, nos alegramos de ver la biografía de este obrero que llevaba en su cuerpo «las marcas del Señor Jesús», habiendo gozado del doloroso privilegio de sufrir hambres, desnudeces, cárceles y otras amarguras por su amor a la causa sacrosanta de su Señor y nuestro.

Escrita esta biografía en forma de sencilla narración, sin pretensiones literarias de especie alguna, su misma falta de ornato arguye en favor de su indiscutible autenticidad y apela al lector sencillo, que prefiere los hechos a los ornamentos con que, frecuentemente, se disimula la falta de aquéllos; en tanto que el lector más exigente no echa de menos el adorno literario porque la naturaleza misma del asunto, lo dramático de una vida tan azotada y llena de peripecias y sinsabores, a la par que de entereza varonil, consagración a los más elevados ideales, paciencia, fe, amor y fidelidad, absorben toda su atención y hacen experimentar a su espíritu satisfacciones más profundas que las que podrían producirle los artificios literarios.

Bendiga el Señor esta biografía, haciendo de ella todo lo que el autor y nosotros deseamos, a saber: una corona de siemprevivas para el hermano ausente y un instrumento, en manos de Dios, para fortalecer «las manos cansadas y corroborar las rodillas vacilantes», como dijera el apóstol.

Para mil quinientos millones de almas humanas aun no ha resplandecido la luz del

Evangelio; y éste será predicado con eficacia únicamente por hombres y mujeres que desplieguen en sus vidas la dedicación, fortaleza y valor cristianos que hicieron de don José Torregrosa lo que fué, de manera que «aunque difunto, aun nos habla», puesto que «sus obras le siguen».

¡A Cristo, nuestro Señor, sea la gloria de tales trofeos como el de que es una muestra la vida de Torregrosa!

DANIEL HALL.

La Plata, R. A., Noviembre de 1920.





Una generación inmortal

Verdaderamente los discípulos que el Señor tuvo para nuestro Continente en la generación que se va, procedían de tronco apostólico. En su gran mayoría hombres de una sola pieza, de corte recto, de corazón abnegado, de fe prodigiosa, poderosos en la Palabra, semejantes a Job en la paciencia, como leones en la lucha, fueron indiscutiblemente los hombres que Dios necesitaba para abrir la primera brecha en las murallas del Ultramontanismo Sudamericano, por donde habían de pasar, estamos pasando y pasaremos, las huestes evangélicas que proclamamos

libertad para la conciencia, salvación por la fe, libre examen para la razón, la Biblia sin cadenas para el pueblo.

Invitado a ocupar un asiento en su mesa, tuve el privilegio de conocer al Reverendo José Torregrosa, corriendo el año 1916, en su residencia de Santiago de Chile. Desde el primer momento me dí cuenta que se trataba de un guerrero evangélico a quien la enfermedad había apartado de las filas, despojándole de su vigor y su salud, pero no de su fe, que como talismán de victoria en vida y muerte, guardaba celoso para devolver a su Capitán y Señor.

Su historia reseñada hábilmente en este interesante libro, por su hijo, ministro distinguido de la Iglesia Metodista Episcopal, en el mismo país de Chile,—teatro principal de la acción de su señor padre,—es toda una serie de inspiraciones.

Lo primero que aparece en ella es el hombre de carácter, que por su fe y convicciones, sabe sacrificar, cual Moisés, las comodidades del mundo; le sigue el hombre que da a su razón el uso para que Dios la creó; que busca sosiego para las inquietudes del alma; que en-

cuentra la anhelada paz; que responde al llamamiento de lo alto; que pone su cara de frente a la tempestad; que no se arredra por el hambre y el calabozo; que siente hincados en sus carnes y rastreando en sus entrañas, los colmillos de la bestia negra; que «vió mesa aderezada en presencia de sus angustiadores», que «no trabajó en vano para el Señor»; que, finalmente, entra triunfante en la Jerusalén celestial, dejando que sus hechos sigan proclamando el poderío y el amor inconmensurable de un Dios que «no quiere que nadie se pierda, sino que todos se salven».

No me cabe la menor duda que este libro ha de retemplar la fe de muchos, mostrando las huellas por donde pasaron los que después de luchar y vencer, se alejaron... perdiéndose de vista... para entrar en las regiones de eterna luz!

Buenos Aires, 22 de Octubre de 1920.

FED. A. BARROETAVEÑA,
Pastor de la Iglesia Metodista Episcopal Argentina.





Generosa apreciación de esta Obra

¡Cuarenta años de lucha! Tal es el título de esta preciosa obrita, escrita por el Rev. Moisés Torregrosa, Superintendente de Distrito de la Iglesia Metodista Episcopal de Chile; y que contiene la biografía de su señor padre, el Rev. don José Torregrosa, de santa y ejemplar memoria.

No son las obras biográficas las que, en la actualidad, de más aceptación gozan, debido a que domina generalmente en ellas lo empalagoso y fútil, restando todo interés ameno e instructivo para el lector.

No ocurre así con la obrita de que nos ocupamos, sino todo lo contrario. Desde la primera página, la sugestiva figura del biografiado se apodera del lector con tal fuerza, le domina y seduce en tal manera, que éste sufre una verdadera angustia cuando se ve obligado a suspender la lectura que narra las hazañas de «su héroe».

¿Es esto debido, acaso, a la sugestión que sobre él ejercen las galas del estilo, los encantos de las descripciones, la magia arrobadora de los diálogos, y la sal ática, distribuída por toda la obra para contribuir a la elegancia de la dicción? De ningún modo. El autor ha prescindido de las descripciones; ha sujetado las alas de la imaginación y, atento sólo a la verdad histórica y a la pureza del estilo, ha dado al relato una concisión y fijeza que nos hacen recordar la concisa severidad del estilo de Tácito.

No describe el Rev. Torregrosa la vida accidentada de su venerable padre; relata simplemente los hechos más culminantes, tan dolorosos como heróicos, que presentan al biografiado como un verdadero mártir, en titánica lucha contra las preocupaciones,

fanatismos y supersticiones dominantes aún en España y Sud-América, amplio teatro de sus heroicidades evangélicas.

Los numerosos episodios de tinte trágico, y a veces cómico, en que abunda esta singular biografía, dan al libro un encanto y amenidad extraordinarios.

Libros como éste debieran multiplicarse, pues en ellos encuentra todo cristiano vivos y nobles ejemplos que imitar. ¡A cuántos lectores ha de sacar su lectura los colores al rostro, sobre todo, a los cristianos de medias tintas, a los apáticos, cobardes y de vergonzante fe, a los que Wesley señala con el calificativo de «cuasi cristianos!»

La lectura de esta preciosa obrita nos recuerda, en parte, el apostolado heróico de Pablo. También este apóstol del siglo XX sufrió horribles persecuciones, suscitadas por curas, alcaldes y gobernadores, como aquél las sufrió movidas por gobernadores, judíos y sacerdotes paganos. También padeció hambres y miserias; fué encarcelado y calumniado; vió lacerada su alma por las tormentas que los malvados levantaron en el seno mismo de la familia, y consintió en caer de la altura de

una brillante posición social al doloroso extremo de no tener un pedazo de pan para alimentarse,—¡mientras derramaba lágrimas ardientes sobre el cadáver de su amada hijita, muerta en sus brazos!—permaneciendo inflexible ante los tentadores ofrecimientos de protección oficial y privada... y todo por no claudicar, por no ser traidor a sus convicciones, por corresponder con fidelidad al llamamiento de su Dios!

Asombran la actividad y entereza de carácter que despliega en el cumplimiento de la santa misión que el cielo le confió, produciendo en el lector la más noble admiración al considerar la cristiana altivez con que hace trizas los obstáculos que encuentra en su glorioso vía-crucis, cuando, al considerar estrecho el círculo de sus trabajos y triunfos en la Península, tiende su vuelo sobre el océano, hace oir su voz en la Argentina, cruza los majestuosos Andes, se establece en Chile, en donde dedica lo mejor de su vida a la evangelización de las almas sumidas en el fango del pecado, en la clase más degradada del noble pueblo chileno, y después de haber realizado multitud de épicas hazañas, de esas

que producen la admiración en los hombres y la alegría en los ángeles, llevando por doquier triunfante el lábaro santo del divino amor, reclina su fatigada cabeza sobre el pecho de sus hijos, a quienes entrega las nobles armas de diamantino temple, para que prosigan el buen combate, cierra los ojos a la luz que ilumina los dolores de esta vida fugitiva y sonríe a los fulgurantes destellos de la ventura perennal y eterna, como el buen siervo y fiel que, después de sacrificarlo todo por la salvación del mundo y la gloria de su Señor, entra triunfante a la posesión del reino feliz, que le fuera prometido y a recibir la corona que a sus sienes ceñirá el Rey de reyes y Señor de los que dominan.

¡Cuán necesitados estamos de vidas tan ejemplares como ésta, que nos animen y espoleen para la realización de las gloriosas empresas que Dios nos ha confiado y que la humanidad espera llevemos a feliz término, dejando marcada la huella de nuestro paso con lampos de luz que señalen, en todo tiempo, la senda do la verdad, la bondad y la belleza eternas, brillan con fulgores divinos, haciendo de una vida de sacrificio el ideal más

acabado de la carrera de santidad que a las regiones de la eterna ventura guía!

Seguro estoy del mucho bien que esta obrita ha de derramar por doquier en las almas ansiosas de ideales de vida superior, proporcionándolas un tipo acabado de fidelidad a los divinos llamamientos; de integridad de carácter para la realización de heróicas empresas; de generoso desprendimiento, sublime sacrificio y elevado entusiasmo por la gloria de Dios y la ventura de la humanidad. Despertará las mentes dormidas; vivificará los corazones atrofiados; dará calor a los espíritus paralizados por el frío mortal del triste escepticismo y convencerá, de una vez por todas, a los pesimistas, a los débiles, a los cobardes, de la fuerza y poder del Cristianismo para crear después de 20 siglos de continua, fecunda y maravillosa obra sin paralelo, caracteres del temple del biografiado, lo que servirá de estímulo para que muchos recorran el mismo camino, con la ambición santa de conquistar la misma gloria...

¡Lástima grande que el autor, obedeciendo, quizá, a un noble sentimiento de excesivo pudor, temiendo ser censurado de apasiona-

miento, no haya dado más vuelo a su rica fantasía, que nos consta la posee en grado brillante, para describir con más vívidos colores y con más extensión la vida extraordinaria de su venerable padre, el ambiente en que desarrolló sus portentosas cualidades de excepcional adalid, de la más santa de las causas; con un estudio más detenido de la época, costumbres, educación social, política y religiosa de la España del último tercio del pasado siglo, con las características de la Argentina y Chile en los comienzos del presente, añadiendo algunas pinceladas para describir la letal influencia del romanismo en estas tres naciones. Creo que hubiera, de este modo, quedado más completo el maravilloso cuadro, del que se destacaría con más vigor la augusta figura del misionero Metodista, nimbada con la aureola del genio cristiano, para quien no existen obstáculos cuando de la gloria de Dios se trata y para quien «el mundo entero es su parroquia».

Esto no quiere decir que la obra no sea completa. El autor ha prescindido de sus entusiasmos, como hijo del protagonista, para concretar, como cristiano, los rasgos

más salientes de la vida del biografiado, haciendo caso omiso de las galas del estilo y de la amenidad que resultar pudiera de las descripciones; y atento sólo al beneficio espiritual del lector, presenta los hechos con cierta desnudez, narra los episodios con sencillez puritana, de la que saltan los diálogos chispeantes, agudos, vivaces; impregnados a veces, de cierta mordaz causticidad, de fina ironía que les da un atractivo encantador; absteniéndose de comentarios, que el autor sabe que huelgan, porque de los mismos heróicos episodios, salta la elocuencia más persuasiva, con las galas más delicadas y el entusiasmo más sugestivo.

Y no se equivoca el autor. El verdadero cristiano, el hombre de gusto literario delicado, todos los que no tienen estragado el paladar artístico y moral con las pócimas literarias que diariamente se sirven a los espíritus hambrientos de verdad y de belleza, no fantásticas y efímeras sino reales y eternas, conservarán esta preciosa obrita, como una joya de subido precio, en el más preferente sitio de su selecta biblioteca.

Felicitamos muy de veras al Rev. Moisés

Torregrosa, por la feliz idea que ha tenido de ofrecer al público, en tan delicada forma, la historia de una vida tan digna de ser imitada, como la de su venerable padre, a quien ofrece, de este modo, el homenaje que le es debido, como hijo, y el tributo de admiración y respeto, como cristiano, a su memoria augusta.

¡Quiera el cielo escuchar nuestros votos por que esta preciosa obrita se difunda, en gran manera, por todo el pueblo cristiano, contribuyendo a la formación del carácter en multitud de cristianos débiles y a la conversión de muchas almas rebeldes a los amorosos llamamientos de Dios! Así se realizaría el ideal del héroe, prosiguiendo su apostolado, después de su muerte, en la sucesión de los siglos, en vez de concretarlo a los «Cuarenta años de lucha», del que en vida se llamó don José Torregrosa.

Que así sienten, piensan y obran los heróicos paladines amados de Dios.

CLAUDIO CELADA.





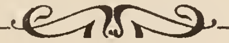
INVOCACIÓN

A ESPAÑA

Hermosa y noble España, querida patria mía,
Yo admiro tu grandeza, tus héroes y tu gloria,
En arca santa guardo, con grata simpatía,
El rasgo indestructible, de tu pasada historia.

Tus grandes monumentos me pasman y fascinan,
Me llenan de entusiasmo viril el corazón;
Cuanto más los contemplo, mayores me dominan,
Históricos recuerdos de fiel veneración.

Mas, cuando con tus glorias discurren por mi mente
Tus frailes y tus curas, toreros y mendigos,
Me lleno de congojas y miro tristemente
Un porvenir aciago de penas y castigos.





¿Qué valen tus collados, tus valles y praderas,
Tu sol esplendoroso, tu cielo siempre azul?
¿Qué valen de tus noches las horas placenteras
Ni tu estrellado manto de reina de Estambul?

Si cuando ya la tarde sus sombras va tendiendo
El pecho de tus hijos comienza a suspirar,
En gotas, ¡ay! de fuego, sus lágrimas vertiendo,
Cual llora una doncella sumida en el pesar.

Yo miro en mis ensueños, caída tu grandeza,
Turbarse de momento, tu dulce bienestar,
Y al ver desdicha tanta, despierto con tristeza
Y entre pesares miles me pongo a meditar:

Que falta a tus honores, aun otro mayor,
Que dártelo procuran; y tú, con vil desdén,
Te aduermes voluptuosa, desprecias el favor
Y estando en un infierno te forjas un edén.

Despierta, noble España, despierta con presteza
Y libra la batalla, combate con fervor.
Despierta, noble España, sacude tu pereza
Y humilla al enemigo del alma, con valor.

¿Te falta decidirte, no tienes general?...
Jesús te llama. ¡Avanza! desplega el pabellón,
Y arrójate en sus brazos, que jefe tan leal
Te brinda en la victoria, tu eterna salvación.

J.





CAPITULO I

Nacimiento y origen del nombre

I

Nació don José Torregrosa en España, el 30 de Abril del año 1845, en una ciudad muy fabril de la provincia de Alicante, que se llama Alcoy, en donde funcionan no menos de 500 fábricas de tejidos de paños, todas movidas por fuerza hidráulica.

Antes de formarse Alcoy, era ese lugar una rinconada peligrosísima, llamada el «Coll de Balaguer», en donde tenían su guarida los ladrones desalmados que asaltaban a cuanta persona pasaba por allí, en camino a la capital de la provincia.

El gobierno español, para seguridad de los transeuntes que, forzosamente tenían que pasar por el Coll de Balaguer, construyó una torre que sirviera de cuartel, para contrarrestar los desmanes que, a diario se perpetraban, y, al efecto, envió a los inválidos retirados del ejército, a que viviesen allí, en compañía de sus familias, como guarnición.

Fué nombrado jefe uno de ellos que, por haber quedado manco en la guerra de Felipe IV, era inválido para otra clase de trabajo. Esta fué la morada de los antecesores del biografiado.

Dicha torre era más ancha que alta,

por cuyo motivo se la llamaba la Torre Gruesa, que traducido al dialecto valenciano es Torre Grosa, de cuyo sobrenombre se deriva su apellido,—Torregrosa.

II

Bajo el imperio del Romanismo

Fué educado don José, según la religión de sus padres, y desde su más tierna edad le fueron inculcadas las enseñanzas y prácticas de la iglesia Romana.

Sus padres fueron católicos de los más ortodoxos. Su madre no permitió nunca que su hijo José quedara un solo día sin ir a misa, ni un primero de mes sin confesar y comulgar.

En su casa vió siempre un sacerdote amigo, que en cualquier cumpleaños,

bautizo o casamiento, tenía su asiento de honor, a la cabecera de su mesa. Este confesaba a toda la familia, y por lo mismo gobernaba la casa de una manera indirecta.

Pasamos a referir aquí un curioso episodio que don José Torregrosa, joven, oyó referir varias veces en su casa.

Es el caso que, un día, Monseñor Vilaplana—que así se llamaba el amigo cura—salió a cazar en compañía del señor Torregrosa, padre, y como buenos tiradores anduvieron todo el día sin cazar nada. A la puesta del sol, ambos regresaban a casa, cansados y hambrientos, y sin traer ninguna pieza que acreditara sus aptitudes cinegéticas.

De repente, el cacareo de una linda gallina, que presurosa corría al gallinero, algo retrasada de las demás, les saca de su abstracción.

—¡Qué preciosa gallina!—dice el cura.

—¡Ciertamente!—dice el padre de don José.

—¡Qué buena cazuela haríamos con ella esta noche!

—Y a fe que la despacharíamos bien pronto.

—¡Tírale!

—¡Oh! no... si... no...

—¡Tírale, pues, hombre!—insistió el cura.

Sonar el tiro, rodar la gallina por el suelo y meterla en el morral fué cuestión de segundos nada más.

Llegados a casa, entregaron la gallina a la madre de don José, ordenándole que, en el acto, hiciera una buena cazuela.

«Aquella señora era la persona más ortodoxa que he conocido en este mundo», solía decir don José, al relatar este incidente, pero la orden de guisar la gallina, dada por el cura, Monseñor Vilaplana, hizo acallar su

delicada conciencia y, una hora más tarde, la cocinera servía una suculenta comida a los cazadores.

III

Una confesión auricular

Pasaron algunos años, y la historia de la gallina quedó en el más profundo olvido. El padre de don José, deseando hacer una confesión general, acudió al tribunal de la penitencia, (así se llama entre los católicos romanos el confesonario) y examinando su vida pasada, se acordó del caso de la gallina, y entre otros pecados confesó éste a Monseñor Vilaplana, su confesor:

El cura.—¡Hombre, hombre! ese es un pecado terrible, del cual no te puedo absolver, si no hay restitución.

El penitente.—Pero, padre, ¿có-

mo podré yo restituir esa gallina, si ignoro de quién sea?...

El cura.—Bueno, pues, hombre; veamos cuánto podría valer y lo dedicaremos para beneficio de las almas del purgatorio.

El penitente.—Tengo que confesar que era una gallina grande y gorda.

El cura.—En ese caso la avaluaremos en seis pesetas. (Seis pesos moneda chilena).

El penitente.—Muy bien, padre; pero es el caso que a mí me corresponde pagar sólo tres pesetas y las otras tres a «Su merced».

El cura.—¡Cómo!... ¿a mí?...

El penitente.—Sí, padre. ¿No recuerda Ud. aquella gallina que comimos los dos?

El cura.—(Confundido y sin acertar a pronunciar palabra):—Ah! sí... no... sí... sí, ya me acuerdo. Pero santo varón, ¡si aquélla era una pollita

flaca y enfermiza, que nadie se hubiera atrevido a dar ni una peseta por ella! No, no, eso no vale la pena de mencionarlo, ni de acordarse más de ello.

Así quedó en la nada lo que momentos antes era un pecado imperdonable.

De esta manera, sin advertirlo, se iba grabando en el corazón de don José Torregrosa, joven, la insuficiencia de la religión de sus padres.

IV

Ciudad típica del Romanismo

La ciudad donde pasó su niñez era sumamente católica. Cada calle llevaba el nombre de un santo cuya imagen o «Santo Patrón» se hallaba empotrada en la pared de uno de los dos extremos de la calle. Los vecinos

de cada calle estaban comprometidos todos ellos, a encenderle luz, por turno, todas las noches. Y una vez al año, hacían una fiesta, consistente en misa, repique de campanas, enramadas y bailes.

La casa en que don José vivía, era de siete pisos. En ella nacieron sus abuelos y sus padres. Nunca se vió allí ningún albañil ni carpintero para alguna compostura. En el zaguán había una Virgen alumbrada, todas las noches, por una lámpara de aceite de oliva.

Entre los vecinos había uno, tan bueno, que se tomaba el trabajo de reunir todas las noches, a primera hora, a todos los niños y niñas de la calle, los que eran llamados con una campana. Allí reunidos y sentados en el suelo, recibían las lecciones de catecismo (el niño José, por cierto, figuraba entre ellos), rezaban el rosario y eran, por

espacio de una hora, acariciados dolorosamente con una larga caña de que estaba provisto el Tío Gaspar, para conservar el orden. Este buen hombre, contaba con la confianza y simpatías de todo el barrio, por su religiosidad y bondad para con los niños. Así le conoció el niño José, durante su infancia hasta que les fué quitado de la siguiente manera:

Cierto día se presentó en el domicilio de don Gaspar, un sargento de policía, con dos individuos más y el juez, y después de un minucioso registro de su casa, le llevaron bien atado por los codos, en presencia de todos los vecinos, quienes lloraban al ver la injusticia que se cometía, al llevar preso a un hombre tan bueno.

Pero el juez, que sabía más gramática parda que el vecindario, le condenó a diez años de presidio, por ser el Tío Gaspar el director y capitán de una

cuadrilla de ladrones que, noche tras noche, asaltaban las casas de campo y pueblos pequeños, por espacio de varios años, burlando las pesquisas que se hacían, bajo el bien desempeñado papel de Doctor en Teología (!).

Así fué que, de repente, aquel vecindario se quedó sin él y nunca más se le volvió a ver.

De esta manera, el niño José Torregrosa fué creciendo en aquella ciudad de 50,000 almas, en la cual había diez iglesias romanas y no menos de veinticinco sacerdotes en cada una. El acudía todos los días, a las cuatro de la mañana, a formar parte de un grupo de niños—que no bajaba de veinte—que se reunían en la sacristía, a tomar turno para ayudar a las misas que se celebraban, y así ganaba sus centavitos que depositaba en una alcancía que guardaba con interés.





CAPITULO II

Su conversión al Señor

I

Corría a la sazón el año 1876. Don José Torregrosa se encontraba ya casado y con familia. Ganaba el sostén de su casa siendo Secretario de la Municipalidad.

En aquellos días, su padre enfermó de muerte. Conversando con él, a la

cabecera de su cama, pudo notar que tenía miedo a la muerte, no obstante ser un hombre muy religioso, bueno y honrado. Murió tranquilamente y sin agonía.

Su vida en este punto se detuvo. Pensamientos errantes le asaltaban dejándole en la más completa confusión.

Dios, religión, sociedad, vida, muerte, eran para él tópicos enigmáticos. ¿Qué sería de él después de la muerte?

Desesperado ya y viendo que nada resolvía sus dudas, pensaba, a veces, lanzarse a la vida por el camino malo; resolvíase, otras veces, a ser el más estricto cumplidor de la iglesia.

Nada, empero, le satisfacía.

Resolvió, por fin, confesarse.

Con alma angustiada, hizo su confesión con el sacerdote y después de haber recibido la absolución, le preguntó:

—Padre, si yo me muriera ahora ¿iría al cielo?

—Sí; pero Dios, que juzga en lo interior, te haría pasar primero por el purgatorio, para purificar tu alma.

—Perdóneme, padre,—le dijo— pero no puedo creerlo; usted acaba de absolverme, pero yo no tengo paz ni tranquilidad, y sobre todo siento que mis pecados no han sido perdonados.

Por esta causa quedaron disgustados el confesor y don José.

Desde aquel día empezó a recorrer don José todas las librerías, buscando, entre los libros nuevos y usados, alguno que pudiera satisfacer sus deseos, pero todo era infructuoso: él no podía explicar lo que buscaba, y nadie le entendía.

Dirigióse a cuanto sacerdote conocía y les suplicaba que le prestasen libros sobre los fundamentos de la religión. Uno de ellos le prestó los

siguientes: «El Fleury», «Doctrina explicada», «Camino recto para ir al cielo», «Vidas de Santos», etc., etc. Los leyó con avidez y, al devolverlos y decir que no le satisfacían, le dijeron que acabaría por irse al infierno, si persistía en investigar lo que no le importaba; que lo que debía hacer era obedecer y callar (?).

Perdió por completo la fe y dejó de rezar a los santos. Llevaba en el pecho, colgada al cuello, una medallita de plata, que su madre le había colocado desde muy pequeño, y tenía mucho respeto y devoción a ese amuleto.

Encontrándose en este laberinto de dudas y con su alma turbada, acudieron a su mente, las enseñanzas que su buena madre le inculcara en su infancia.

Cuando niño, oyó decir que algunas imágenes eran de carne humana, y ahora, ya hombre, sin que lo creyese,

le vino la idea de saber cómo eran esas imágenes.

Buscó la ocasión de encontrarse un día solo en el templo. Se paró frente a la virgen de su devoción. Era ésta de tamaño natural y su fisonomía excelente. Se acercó, temblando, para alzarle las faldas, creyendo encontrar una bonita pierna, con sus zapatos y sus medias; mas, ¡oh! pobre ignorante, ¡qué decepción! al alzar el vestido, ve tres palos formando un trípode que sostenía todo el engaño.

Sintióse horrorizado.

Por fin, cansado ya, empezó a desfallecer en sus investigaciones. Los sacerdotes y sus amigos comenzaron a decirle que acabaría por ser un hereje. La palabra hereje infundía en su alma tanto temor, que desistió de su propósito.

Mas, ¡cuán bueno y misericordioso es nuestro Dios! Aunque estaba ciego,

no le dejó en aquella oscuridad. ¡Gloria a El! que de las tinieblas le sacó a su luz admirable y, más tarde, le llamó para anunciar el dulce Evangelio a los ciegos, como lo había estado él.

Cuando su alma empezaba a desfallecer, y descansaba tranquilamente en medio del peligro, de allí le sacó el Señor con un incidente inesperado.

II

Entrevista providencial

Se ha dicho ya que don José Torregrosa era por entonces secretario de la Municipalidad.

El gobierno de la nación decretó que se levantara un amillaramiento para poder hacer un nuevo reparto de contribuciones más equitativo, y que diera mayores entradas al fisco, porque exis-

tían muchos bienes raíces ocultos al gobierno que no pagaban contribución alguna.

Aquel decreto aumentaría sus entradas. Sentíase feliz. Tenía bajo su dirección como veinte escribientes temporeros, llenando cédulas declaratorias, una por cabeza de familia. Todo marchaba viento en popa. Cuando se acordaba otra vez de su alma trataba de ahogar la voz de su conciencia con otras cosas.

En estas circunstancias sucedió que don José tuvo que tomar declaración formal al pastor protestante, don Jorge Ben-Oliel, y al preguntarle si poseía o administraba alguna finca, le contestó: «*No, señor, yo todos mis bienes los tengo en el cielo*».

Este caballero tenía toda la apariencia de un hombre religioso y mucha gravedad en su conversación y en su carácter; esto infundió en el funciona-

rio municipal, desorientado en materia religiosa, gran respeto y curiosidad.

La declaración del pastor hízole pensar que él era la persona que podía aclarar sus dudas y sacarle de la incertidumbre que tanto le había molestado.

Revistióse de valor y una tarde, al terminar sus horas de oficina, determinó ir a su casa, con el pretexto de algo relacionado con su declaración.

El pastor le recibió cortésmente.

Muy pronto la conversación versó sobre lo que don José buscaba.

En forma llana y con marcado interés, le habló de Jesu-Cristo, como Hijo de Dios y Salvador del mundo, agregando que El era el único que podía perdonar todos sus pecados y darle solaz.

Las palabras del pastor cautivaron la atención del investigador y extasiado escuchábale con toda el alma.

A las pocas visitas que le hizo, el pastor invitóle a que le acompañase a sus reuniones.

Pero esa palabra «protestante» era tan negra para él, que el solo hecho de oirla pronunciar le causaba horror.

—Yo no iré jamás, señor, le dijo.

Pero Dios no le dejó tranquilo. ¡Con cuánta suavidad y paciencia le conducía!

III

Otro agente providencial

Un domingo por la mañana, salía don José de su casa en dirección al Club. Encontróse en la calle con un amigo que él sabía era de ideas liberales. Hablaron de «religión» y, de improviso, el amigo le invitó a una reunión evangélica.

Intentó alejarse de aquel joven que deseaba llevarlo a la ruina.

Fueron momentos de lucha. Una fuerza superior obraba en él.

Recordaba las palabras del pastor. Fué aquel instante el momento decisivo para cambiar por completo el curso de su vida. El Espíritu de Dios obraba en él, siendo inconsciente en esta lucha.

Aquel joven que le hablaba era el instrumento, en las manos de Dios, para su conversión.

Pero él seguía obstinado.

—Eres un cobarde,—le decía,—el hombre es libre para examinarlo todo y sólo es de cobardes el estar encerrado en ciertas ideas, como el caracol lo está dentro de su caparazón. ¡Sé hombre!

Y él, que nunca había deseado pasar por cobarde, decidió en el acto acompañarle. Se pusieron en marcha hacia

el local de cultos de los protestantes, a la luz de aquel día esplendoroso y bajo las miradas escrutadoras de cuantos les veían.

Al llegar a la puerta y oir cantar muchas voces juntas, un temblor nervioso se apoderó de él; miró a diestra y a siniestra para ver quién le observaba, y entró rápidamente en el corredor. Subieron la escalera y se quedaron tras la cortina, escuchando la predicación, pero sin entrar.

Un joven, desde su asiento, los alcanzó a ver y en el acto se les apersonó, instándoles a entrar.

¡Qué apuros para don José! ¡Qué confusión! Sentíase como un criminal sorprendido. Sus palabras eran excusas balbucientes, pero aquel joven (a quien don José nunca olvidaba), insistiendo con cariño, hízoles entrar.

Llamó mucho la atención del señor Torregrosa, el predicador, caballero

alto, de barba negra, tipo judío, de ojos grandes, nariz aguileña: —¡y hablaba tan fuerte! El nuevo asistente recorría su vista por las paredes y no veía ningún cuadro, ninguna imagen. Los congregados, en su mayor parte, eran gente obrera. Un gran temor se apoderó de él, y se dijo: ¡«Ciertamente me encuentro en una sociedad de conjurados, esto es la boca del infierno mismo»!

Al salir de su estupor, oyó estas palabras del predicador: «No temas, habla y no calles; porque yo estoy contigo y ninguno te podrá hacer mal».

Esto fué lo único que recordó. No podía decir de qué habló el predicador esa noche.

Al terminar, todos se pusieron de pie, con sus cabezas un poco inclinadas, y el orador improvisó una oración,

cuyas palabras cautivaron su alma para siempre.

He aquí sus palabras: «Tú, oh Señor, que miras desde el cielo las miserias de este mundo, apiádate de nosotros. Tú eres nuestro Padre que nos amas, que conoces nuestros pensamientos, que ves tanta miseria como nos rodea»; etc., etc.

—¡Qué franqueza tiene esta gente con Dios!—dijo entre sí el señor Torregrosa —le hablan de «tú».

Esto era precisamente lo que él necesitaba; un Dios que le conociese, que le amase; que supiese sus dolencias y estuviese pronto a ayudarle.— Oh! inefable despertar!

Desde aquella reunión, gloriosa para su alma, cayó prisionero en los brazos de su Señor, para no apartarse de El jamás.

Salió de allí turbado, compungido y sin saber por dónde caminaba.

Cosa extraña—jamás volvió a ver el señor Torregrosa, en parte alguna, al joven que le llevó a la reunión.

Ya no pudo estar tranquilo; día y noche recordaba lo que oyera en esa ocasión.

IV

El investigador se satisface

La segunda reunión a que asistió era de oración. Se celebraba en una pieza-habitación más estrecha. Observó esa noche muy grande fraternidad y unión entre las personas que allí había.

En esa ocasión el Señor le confirmó más. Allí aprendió que podía dirigirse a Dios directamente.

Al terminar la reunión, se acercó al pastor y le comunicó lo que antes

explicaba al cura y a lo que aún no había podido encontrar solución. Entonces el pastor le habló de la Palabra de Dios.

—Venga ese libro—fueron sus palabras.

El pastor le invitó a ir a su casa y allí el señor Torregrosa le compró una Biblia, del tamaño más grande que tenía y que le costó un peso y ochenta centavos oro.

Sería media noche cuando salió de allí, llevando su gran Biblia oculta debajo de la capa, como quien lleva un gran tesoro escondido.

Una cosa le turbaba,—¿dónde iba a esconder, en su casa, ese libro para que no se lo viesen? Llegó a su domicilio; todo estaba oscuro; no quiso encender la lámpara hasta no tener escondida su Biblia. Por fin la escondió en el fondo de una caja con ropa.

La Palabra de Dios entró en aquella

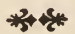
casa ocultamente, pero detrás iba Satanás para empezar su obra, pues al día siguiente la esposa de don José descubrió el escondrijo.

—¿Qué libro es éste?—le preguntó.

—No... sí... no es mío... es prestado, fué su respuesta.

Al irse a la oficina, llevaba el gran bulto debajo de su capa, y lo depositó en una pieza de archivos, donde no entraba nadie. Allí pasaba muchas horas con su Biblia.

Así continuó durante tres meses, teniendo mucho cuidado de no ser sorprendido; mientras tanto, su mente y su corazón llenábanse de las cosas de Dios.





CAPITULO III

Empiezan las pruebas

«Y me seréis testigos en Jerusalén, y en toda Judea, y Samaria, y hasta lo último de la tierra».—(Hechos 1: 8).

I

Este y otros textos de la Palabra de Dios se apoderaron de todo su ser y no le dejaban ni un instante tranquilo.

Seguía asistiendo a las reuniones ocultamente. Un escalofrío estremecía todo su ser, cada vez que pensaba que, al fin, sería descubierto.

Dios hablaba a su conciencia:

—José, ¿cuándo te decides?

El Señor le presentaba ocasiones, para que se decidiera de una vez; mas él las rehuía vergonzoso.

Sentíase como el ser más frágil y desgraciado de este mundo.

II

Primera tormenta

Asistía a todas las reuniones: oraba con sus hermanos en la fe desarrollándose en él un amor grande para con ellos.

Un Domingo por la mañana, a la

misma hora y en el mismo lugar en que se le invitó la primera vez, para asistir al culto, se encontraba don José conversando con un hermano suyo, un cuñado y algunos caballeros más.

Frente a ellos había una gran plaza, en la que se celebraban el mercado y la feria, y a donde afluía gran cantidad de gente, todos los Domingos.

Ese Domingo la plaza estaba extraordinariamente concurrida. Habría más de dos mil personas. De repente, suena una campanilla. Miran y ven que viene el viático; y lo peor de todo era que se dirigía hacia el grupo en donde don José se encontraba.

El paso del viático por las calles era todo un acontecimiento. Las ventanas y balcones se llenaban y cuanta persona había en la calle se postraba en el suelo. Lo que allí pasó no se puede describir.

La gente estaba toda arrodillada, sólo don José permaneció en pie, tem-

blando como un sentenciado a muerte. Reinaba un silencio profundo. Más o menos sabía él lo que le esperaba, pero, resuelto a todo, elevó su corazón al al cielo y dijo: «Señor, ven en mi ayuda».

Concluye el viático de pasar, la gente se pone de pie, y el primer reproche se lo dirige su cuñado.

—José—le dice—¿estás loco? ¿qué has hecho? ¿te has burlado de la presencia del Señor?

—¿Señor?—contestó él, con algo de valor y conteniendo el temblor que no le dejaba—de Uds. lo será; mío no; mi Señor está en el cielo y dentro de mi corazón ahora.

Todo aquel gentío se enteró; los insultos y palabras groseras llovían sobre él; era preciso escapar.

Huyó y se dirigió a la capilla; era la hora del culto. Allí se metió, y en una pieza anexa permaneció algunos

momentos, llorando amargamente. «Este fué el momento—dice él—en el que me rodearon los ángeles para sostenerme».

En pocos instantes la noticia se extendió por toda la ciudad.

Cuando llegó a almorzar a su casa, su esposa lo sabía y allí recibió otra descarga.

Esa noche el Señor le dijo: «Prepárate, no temas, habla y no calles».

Al día siguiente, al llegar a su oficina, las miradas parecían puñaladas dirigidas a su corazón.

A los pocos días el alcalde le pide su inmediata renuncia del cargo.

Se consideró perdido. Empezó su *vía crucis.*

En cuanto su esposa supo que estaba sin destino, le declaró una guerra sin cuartel.

Visitaba a sus parientes, y uno por uno le fueron echando a la calle, de

tal manera que pronto quedó sin poder ir a ninguna parte.

Los primeros meses había dinero y pan en su casa, pero pronto se acabó todo y llegaron a las últimas trincheras.

Su dulce hogar se había convertido en un infierno.

Su esposa no escuchaba sus palabras. No podía permanecer en su casa ni un cuarto de hora. Ella le decía: «Por tu causa hemos quedado en la miseria. Esos libros te han vuelto loco. Esas gentes te han embrutecido. En todas partes eres el tema de las conversaciones. Has vendido tu alma al demonio». Sin empleo, sin pan y con familia.

Para escapar de la tempestad tomaba su Biblia y se iba bajo de un árbol a leer y orar.

Continuaron algunos meses, vendiendo el mueblaje de casa para poder comer. Uno hoy, otro mañana, la es-

posa del señor Torregrosa regándolos con sus lágrimas y el corazón de él desgarrado.

Sus relaciones, que no eran pocas, le acechaban en sus luchas, e influían para que les fueran cerradas todas las puertas, a las que él pudiera llamar en busca de ayuda.

III

Segunda tormenta

A los pocos meses, la pobreza invadió aquel hogar. El hambre y la miseria se reflejaban en su rostro y en el de su familia.

Entonces, el fariseo caracterizado de la ciudad, el verdadero caballo de batalla del clericalismo, el cabeza de todas las sociedades, el hombre rico, de influencia y dueño de todos los destinos, le invitó a su casa.

Allí tuvo lugar el siguiente diálogo:

—¿Qué tal, José? ¿cómo le va? ¿y la familia?

—Mal, señor; muy mal; no tenemos qué comer.

—Pues le voy a dar una buena noticia: desde mañana puede Ud. volver a su destino, en mejores condiciones que antes y con su sueldo aumentado.

Estas palabras le llenaron de gozo. Lágrimas corrieron por sus mejillas. Pero esta alegría fué momentánea, nada más. El diálogo continuó:

—Gracias, señor. Esto es providencial: pues mi situación y la de mi familia es ya bien crítica.

—Sí, así me parece... Pero esto ha de ser con una condición...

—¿Cuál será?

—Que debe Ud. renunciar a esa sociedad endemoniada, a la cual pertenece, y dejar en absoluto las ideas allí adquiridas.

—Señor, es inútil que Ud. exija esto de mí. Que yo vuelva mis pasos atrás, en el camino que he emprendido, es imposible.

—Pero, dígame, hombre: ¿en qué consiste que cuantos hombres pertenecen a esa secta, son tan empecinados y porfiados?

—Es que hemos alcanzado una riqueza de muchísimo más valor que todas sus riquezas y su influencia.

—Cállese, hombre, y no diga disparates.

—Disparates son las cosas de Dios para los que se pierden; pero, dígame, señor, ¿puede Ud. presentarme alguna otra cosa que sea de más valor que el cielo? Esa es mi riqueza. He encontrado el cielo, mediante la sangre de Jesucristo, que me limpió de todos mis pecados. Soy feliz, soy rico en esta posesión y no la cambiaré por cuanto oro tiene el mundo.

Encolerizado dicho señor por aquellas palabras, cubrió al señor Torregrosa de improperios e insultos tan extremos, que éste, casi perdida la paciencia, estuvo a punto de golpearle. Al ordenarle que se retirase, el señor Torregrosa le contestó:

—No quiero irme sin decirle una cosa, para que la sepa. Es necesario que Ud. entienda que siempre he llevado mis pantalones muy bien puestos, y de esto Ud. mismo es testigo. En este momento, habiéndome Ud. provocado, fácil me sería mandarle a saludar a sus abuelos, y con esto gozaría mi carne; pero doy gloria a Dios porque puedo demostrar ahora, que soy un cristiano, hijo de Dios; y Ud. no debe temer mal ninguno de mí. Allá, en la presencia de Dios, le aguardo, delante del cual dará Ud. cuenta de todo esto. Diciendo lo cual, el señor Torregrosa salió.

Después, este señor, fué buen instrumento en las manos del demonio. Llamó a la esposa de don José, para decirle que había llamado a su marido para ofrecerle de nuevo su destino, con mejores condiciones, y que había rehusado, por haberse entregado a la gandulería. Que ella no debía permanecer un día más con él; que le abandonara y ellos la recogerían junto con la familia.

Como es de suponer, la señora llegó a su casa con su ánimo enardecido.

IV

Se empeora la situación

Imposible era para don José poder permanecer en casa. Salía, sin saber a dónde ir. Vivía en constante oración.

¡Cuántas veces luchó con el ángel, como Jacob!

¡Cuántas veces acudía a las reuniones un poco antes de la hora, y se juntaban dos o tres hermanos en la fe, que se encontraban en el mismo caso que él, y uno con otro partían el pan que traían en sus bolsillos! Allí unos cuantos padres de familia, aniquilados por el hambre, arrodillados en una oscura pieza, daban gracias a Dios por aquellos mendrugos de pan y oraban por sus enemigos!

Los engendros del mismo infierno propusiéronse acabar con aquel pequeño redil. Todos eran víctimas de una cruel persecución. Toda la ciudad estaba unida para no arrendar casa-habitación a los que asistían a los cultos evangélicos: todos los dueños de fábricas se pusieron de acuerdo para no dar trabajo a los evangélicos, acechándoles para encarcelarlos.

¡Las paredes de ladrillos de aquella sala de reuniones serán testigos, por muchos años, de las lágrimas que allí han sido vertidas por los hijos de Dios: desnudos, oprimidos y hambrientos!





CAPITULO IV

Un entierro y un calabozo

«El español tiene en su carácter algo de inflexible e inquebrantable como las montañas de su país, y de ardiente como el sol que abrasa sus flancos desnudos. Este carácter se pinta en su ojo de fuego, en su mirada altiva y frecuentemente dura, en sus facciones graves y apasionadas, marcadas con el sello de una voluntad de hierro, más bien, que de

un alma flexible, y hasta en las líneas que se descubren y que sobresalen de su frente, cortadas como las crestas vivas y sobresalientes de una roca. El español ha sido en la religión lo que es en todo: el hombre que se decide una vez que dice: *Yo quiero;* la decisión es por la eternidad».

LAMMENAIS.

I

En aquellos días, una de las fieles hermanas de la congregación, enfermó de muerte. El pastor y buen número de hermanos cristianos rodearon el lecho de aquella hermana para confortarla. Ella moría feliz con la esperanza de otra vida mejor.

El desenlace fatal se temía de un momento a otro. La noticia de que una evangélica estaba enferma de muerte se extendió, con la rapidez del rayo,

por la ciudad. La ley ordenaba que cada municipio debía tener un cementerio laico, pero allí no habían hecho caso de la ley.

¿Y dónde sepultarían los restos de aquella hermana? Esto les tenía muy preocupados. Los jesuítas de levita y los de sotana, en unión del gobernador y del alcalde, formaron un complot para impedir, a todo trance, que los restos de aquella hermana fueran sepultados por los evangélicos; y al efecto, cuando supieron que ya estaba en la agonía, varios de ellos se escondieron en la casa del frente, provistos de un ataúd y en espera del momento oportuno para asaltar la casa y hurtar el cadáver.

Pasaron la noche esperando el desenlace, y a las ocho de la mañana, el pastor y don José se retiraron a descansar. Quedó la enferma sin su compañía, y poco después murió.

Inmediatamente se agruparon los jesuítas y arrebataron de la cama el cadáver, ayudados por una parienta de la difunta y por las vecinas beatas. Presididos por el alcalde, formaron cortejo fúnebre y se dirigieron al cementerio católico-romano.

El hijo único de aquella hermana acude corriendo y da aviso: «¡Pastor, que se llevan a mi madre!»

En pocos minutos había unos cuantos evangélicos reunidos, los que echaron a correr por la calle. Algunos amigos liberales, impuestos de lo ocurrido, se unieron a ellos en la corrida, persiguiendo el entierro. Poco después les dieron alcance. La autoridad iba a la cabeza del cortejo. El pastor les detiene y les llama ladrones. Se entabla la cuestión de palabras y manoteos. El alcalde, escudado por el sargento de policía, saca su revólver y quiere disparar contra el pastor. Los acompañan-

tes liberales tratan de golpear al alcalde. Resultado: el pastor preso y encerrado en un calabozo.

II

Ovejas sin pastor.—Llamamiento extraordinario

El Domingo siguiente, como era la costumbre de los evangélicos, se reunieron en la iglesia a las diez de la mañana. Eran veinticinco hombres: ninguna mujer asistió ese día. Todos eran hombres de fe y piedad sincera, fieles a Dios, pero ninguno era capaz de subir al púlpito.

Empezaron a orar y derramar lágrimas delante del Señor. Todas las cosas parecían estar contra ellos y sus familias.

Don José, de repente, sintió en todo

su ser un estremecimiento, a manera de una corriente eléctrica. Creyó que estaba enfermo, pero al momento oyó una voz poderosa que le decía: «Habla y no calles».

No pudo sujetarse en el asiento. Se levantó y con paso firme se dirigió al púlpito, en donde empezó a hablar.

«¡Bendito sea Dios!—exclamó don José cuando nos hacía la relación de estos sucesos—aquel sermón fué el más grande y ruidoso que he pronunciado en mi vida».

Ese mismo día, por la tarde, los hermanos de más confianza del pastor, consiguieron hacerle una visita en el cárcel.

En cuanto el pastor vió a esos hermanos no pudo contener sus lágrimas.

Su primera pregunta fué: ¿Cómo han pasado el Domingo, hermanos?

—Pastor, no se aflija,—le respondieron—Dios está con nosotros. He-

mos tenido una reunión como nunca, con un predicador de primer orden.

El pastor, que conocía la cortedad y pequeñez de sus ovejas, se extrañó y dijo: ¿Quién fué?

Los hermanos le contaron lo sucedido.

—Vayan a buscar a Torregrosa, y tráiganmelo, porque quiero saludarle; añadió el pastor.

La entrevista de don José con el pastor fué una escena por demás emocionante.

El pastor sacó sus brazos por entre los hierros de la doble reja que los separaba y quiso abrazarle, pero apenas pudo tocar su cabeza. Allí hubo palabras de aliento y dulces y abundantes lágrimas.

Así continuaron las cosas. El pastor encarcelado y don José predicando.

Los enemigos creyeron que con la prisión del pastor, las ovejas se dis-

persarían. Su ira aumentó, al ver que no habían conseguido la destrucción de la obra.

Entonces los ataques vinieron sobre el señor Torregrosa.

Un domingo, mientras predicaba, asaltaron la capilla, rompieron vidrios, bancos y cuanto pudieron. Los hermanos, que tenían el caso previsto, saltaron por las ventanas de atrás y se pusieron en salvo.

Seis meses estuvieron sin pastor. La obra, empero, no sufrió ningún menoscabo. Las reuniones, para las enseñanzas sencillas de la verdad cristiana, celebrábanse, a despecho de las amenazas y los ataques dirigidos por los enemigos del Evangelio.

Por fin, el pastor fué puesto en libertad, previa cancelación de una multa de mil francos.

Dios los pagó.

A los pocos días, el pastor se fué a

los baños, por motivos de salud, y durante su ausencia estalló otra tormenta.

Dios quería adiestrar a don José Torregrosa para su servicio.

III

Nueva aflicción

Una de sus hijitas enfermó y murió.

El día de su fallecimiento se encontró solo, completamente solo.

A su esposa se la había llevado una vecina. La niña muerta en sus brazos, sin luz, ni fósforos, ni una vela con qué alumbrarse, desmayado de hambre y sin poder dirigirse a nadie en demanda de ayuda. Su familia, hermanos queridos, primos y amigos, todos conocían su situación apremiante y angustiosa, pero, lejos de ayudarle,

la boca de cada uno era un volcán contra él.

En ausencia del pastor, un anciano de la iglesia supo la muerte de su hija y vino a consolarle. Buscó un ataúd, avisó a los hermanos y pronto se vió rodeado por aquel círculo de amigos, hombres de fe y de oración, que se dignaron compartir sus penas y le trajeron cuanto pudieron de su pobreza.

Una vez que se hubo animado un poco, hizo diligencias para el entierro. El cura se negó a darle permiso para sepultar los restos de su amada hijita en el cementerio.

Se dirigió al alcalde en busca de amparo y éste le contestó con brutal aspereza:

«*Torregrosa, el castillo de Alicante sí que le tengo preparado para Ud.*»

Se dirigió al juez, quien se negó a oirle.

Cura, alcalde y juez tuvieron una entrevista. Mandan llamar a don José y le proponen que lleve el cadáver a otro pueblo cercano. El no acepta.

Le amenazan con la muerte, con la prisión, etc. El no cede. Tres días estuvo el cadáver insepulto.

Por último, se ven obligados a levantar cuatro paredes de un metro de altura y con las justas dimensiones del ataúd. Un cuerpo de policía les acompaña en el entierro, para impedir toda ceremonia religiosa.

Sepultó, por fin, don José los restos de su hija. Su entierro fué el escarnio de grandes y chicos.

Su corazón estaba hecho pedazos.

Pasó un mes más. Vino el pastor, y, cuando todo parecía tranquilo... otro calabozo.

IV

Don José es denunciado y preso.— Su alegato

El grande amor que aquellos hermanos tenían por él, hacía que se sintiese feliz.

Un Domingo por la tarde, al terminar la Escuela Dominical, le rodearon, como siempre, para buscar citas en la Biblia y discurrir sobre asuntos de doctrina, no obstante ser él tan novicio en el Evangelio. Se fueron al campo, y sentados alrededor de una fuente cristalina, hablaban algo acerca de los hermanos de Jesús.

Unos mozalbetes, que por allí pasaban, acercáronse y tomaron parte en la conversación, pero fué para apostrofarles como herejes.

Esa misma noche, estando don José

en su casa, se presentan un sargento y varios policías y le dicen que traen orden de llevarle preso.

Le llevaron a la cárcel, y por espacio de tres días estuvo encerrado en un oscuro, horrible e inmundo calabozo.

Al tercer día le hicieron comparecer ante el juez.

Era la primera vez, en su vida, que tal cosa le sucedía. Estaba impresionado. Aquella sala a media luz; el juez y el secretario sobre la plataforma, separados por una balaustrada; un Cristo, de tamaño natural, en la pared,—todo esto y el no saber el por qué de su prisión,—le tenía ofuscada la mente.

Allí tuvo lugar el siguiente interrogatorio:

JUEZ.—¿Cómo se llama Ud?

REO.—José Torregrosa.

JUEZ.—Jure que va a decir la verdad en lo que se le pregunte.

REO.—Señor juez, suplico a Usía

me dispense de tal juramento, por estar en contra de la Palabra de Dios y de mi conciencia.

JUEZ.—(Con mirada penetrante)—La ley lo prescribe así.

REO.—Está bien, señor; pero es el caso que la ley de Dios lo prohibe.

JUEZ.—(Irguiéndose y con tono imperativo)—¡Pero la justicia se lo demanda!

REO.—Cierto, señor; pero debemos obedecer a Dios antes que a los hombres.

JUEZ.—(Callado profundamente, después de algunos momentos, dijo): ¿Quién le enseñó estas aberraciones?

REO.—Este santo libro. (Sacando del bolsillo un Nuevo Testamento y mostrándolo al juez).

El juez toma el libro, le da varias vueltas y en seguida dice al reo:

—Tome, búsquelo.

El reo buscó las palabras de Jesús,

contenidas en el Evangelio de San Mateo, capítulo cinco, versículo treinta y cuatro: «Mas yo os digo: No juréis en ninguna manera».

JUEZ.—Como se pide.—¿Qué conversación tuvo Ud. el Domingo último, en presencia de varios testigos?

REO.—Señor, allí estábamos hablando del Evangelio de nuestro Señor Jesucristo.

JUEZ.—¿Y qué dijo Ud. con respecto a la Santísima Virgen María?

REO.—Dije que María había tenido otros hijos, además de Jesús, como resultado del matrimonio con José.

JUEZ.—Aquí, pues, ha incurrido Ud. en la pena de tres años de presidio, por haber hablado en contra de la religión del Estado.

REO.—Bien, señor; en ese caso será la Palabra de Dios la que irá a presidio y yo quedaré justificado, porque es ella quien lo dice.

El juez, todo turbado y después de una pausa, agita la campanilla. Aparece el alguacil, y le ordena que vaya a llamar al señor cura, que procure venir en seguida y que traiga su Biblia.

(El cura tenía su casa parroquial en el mismo edificio de la cárcel).

Al instante vino el cura acompañado del alguacil, y éste cargado, como un pobre jumento, con los grandes tomos de la Biblia.

JUEZ.—Le he mandado llamar, señor cura, porque se ha presentado un caso en el cual es Ud. perito.

El juez explica el asunto al cura.

EL CURA.—(Con toda hipocresía y estulticia y con sus dos manos puestas sobre su estómago). En esto hay un tremendo error. La Biblia no dice que eran hermanos, sino que estos eran primos hermanos.

REO.—(Con el Nuevo Testamento

en sus manos).—Señor juez, pido permiso para leer el texto.

Juez.—Puede hacerlo.

Entonces el reo leyó en San Mateo, capítulo doce, versículo cuarenta y seis:—«Y estando él aún hablando a las gentes, he aquí su madre y sus hermanos estaban fuera que le querían hablar». Ahora bien, señor cura, cuando la Biblia nos dice que Caín y Abel eran hermanos, entendemos que eran hermanos e hijos de una misma madre; lo mismo sucede cuando leemos que Moisés tenía una hermana, llamada María; igual cosa ocurre cuando leemos que José fué vendido por sus hermanos; llegamos a Lázaro y sus hermanas y entendemos lo mismo. No dudo que la iglesia está conforme con lo que acabo de decir. ¿Y por qué razón, al llegar al caso de Jesús, usando el escritor inspirado de la misma palabra, se tiene que hacer esa

rara excepción? Además, ¿qué quiere decir San Mateo, cuando, hablando de Jesús, le llama primogénito de María? ¿Y por qué, cuando San Juan habla de Jesús, como Hijo de Dios, le llama Unigénito? Para aceptar yo la teoría de su iglesia, tendría Ud. que mostrarme en qué parte del Evangelio se le llama a Jesús Unigénito Hijo de María. ¿Qué tiene de extraño, señor, que María, después de cumplir la misión con que Dios la distinguió, se casase con José, y de este matrimonio resultasen hijos e hijas, como nos dice la Sagrada Escritura?

El cura.—(A grandes voces).—Es que nuestra Santa Madre Iglesia, según el Concilio de Trento, dice que no eran hermanos.

Reo.—(Dirigiéndose al juez).—Pero eso no es la Palabra de Dios.

Al juez le pareció conveniente dar el asunto por terminado.

Hace sonar la campanilla, aparece el aguacil y le ordena que lleve a don José al calabozo.

V

A disposición del Gobernador de Madrid

Seis meses permaneció en aquella inmunda cárcel.

No habiendo base para iniciar un proceso, preguntábanse: ¿Qué haremos con éste?

Por fin se le notificó que debía comparecer ante el juez, para oir la sentencia.

«A disposición del gobernador de Madrid», fué la sentencia de aquel fariseo energúmeno.

Se ve que la idea del juez fué ésta: que no pudiéndole aplicar la ley, quiso

deshacerse de él, enviándole a disposición del gobernador de Madrid, (caso acordado con aquél), porque si no moría en el camino, teniendo que andar doscientas leguas a pie, al menos se vería imposibilitado para volver.





CAPITULO V

En viaje a Madrid

¿Quién nos apartará del amor de Cristo? tribulación? o angustia? o persecución? o hambre? o desnudez? o peligro? o cuchillo? Por lo cual estoy cierto que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo porvenir, ni lo alto, ni lo bajo, ni ninguna criatura nos podrá apartar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro».

San Pablo *a los Romanos.*
Cap. 8, versículos 35-39.

I

Don José Torregrosa era víctima de la intolerancia religiosa. Estaba encarcelado por ser discípulo de Jesús y porque amaba y respetaba la Palabra de Dios, conservándola en su corazón como verdad santa y salvadora.

La sentencia de aquel juez, instigado por el cura, privó a inocentes hijos de las caricias del padre, y a una esposa del apoyo de su marido.

La sentencia estaba pronunciada. No había reclamación. El reo debía partir.

Se veía obligado a recorrer doscientas leguas a pie, con esposas, en una cuerda de malhechores y confundido con su ignominia.

Las inclemencias del frío, su salud delicada, las hediondas cárceles de los

pueblecitos, por donde debía pasar, todo esto le era muy doloroso.

Su familia estaba necesitada y él en estado de prueba.

Su fé en Dios no desmayaba. San Pablo le daba un ejemplo de resignación en la tribulación; y la furia y las crueldades de los modernos Dioclecianos serían impotentes para hacer vacilar su fe o hacerle enmudecer.

«*Anunciaré el Evangelio en los calabozos y confesaré siempre el nombre de Cristo*», se decía a sí mismo.

Empezó el viaje, conducido por la guardia civil. Todos los días pareja nueva de guardias, de un pueblo a otro. En cada cárcel a que llegaba, le rodeaban aquellos desgraciados y le hartaban a preguntas, y la narración de su historia le inducía a predicar el Evangelio. En algunas partes llegó a orar con ellos.

Durmió en más de cuarenta cárce-

les, sin más lecho ni más abrigo que el frío y duro suelo.

A pesar de todo, el Señor le fortalecía en su fe. Su encarcelación era una prueba para el cuerpo, pero un placer para el alma. ¡Se gozaba en que podía ser participante en los padecimientos de Cristo!

II

En Madrid

Llegado que hubieron a Madrid, le llevaron en seguida ante el gobernador.

—¿Cómo se llama Ud?... le preguntó, después de haber recibido un expediente, de mano de los guardias, el cual traían desde Alcoy.

—José Torregrosa, servidor de Ud., respondió el interrogado.

—Muy bien; dijo el gobernador, queda Ud. en libertad.

No comprendía don José las palabras del gobernador. Le parecían muy extrañas.

Eran las 7 P. M. Se encontraba extenuado por el cansancio y el hambre, ¿a dónde podía ir? No conocía a nadie. Madrid era para él una capital desconocida.

Reo.—Por favor, señor, permítame quedar en la cárcel esta noche, porque ¿a dónde puedo yo ir a estas horas? Me tomarán por un vagabundo.

Gobernador.—Menos palabras y retírese.

Salió a la calle. Anduvo dos o tres cuadras inconscientemente, moviendo los pies, sin darse cuenta de lo que hacía, hasta que el resplandor de una gran luz, que salía de una casa de comercio, vino a darle en el rostro y se dió cuenta de su situación. Allí en la misma puerta, había un espejo de cuerpo entero. Mira y ve parado ante

él a un *pililo* de la peor especie. Se fija más, y observa... que se contempla a sí mismo. Le faltaron las fuerzas por completo. ¡Qué horrible figura! El cabello largo hasta taparle las orejas; la camisa no se sabía de qué color fuese; la ropa hecha jirones; la barba larga; y a los zapatos les quedaban las capelladas solamente.

Entonces sí que flaqueó su carne y lloró amargamente, en medio de aquella confusión de carruajes y transeuntes. ¿A dónde dirigirse en estado tan miserable y repugnante?

Desmayado de hambre y dominado por el desaliento sentóse en el umbral de una puerta cerrada a orar, y en el acto se quedó dormido.

Y soñó—soñó que tenía delante de sí una sombra, como un guardián, y oyó con claridad estas palabras: «¿Qué haces aquí?»—«¿Y a dónde tengo de ir?»—«Pero, hombre de poco ánimo,

¿no habrá aquí en esta gran capital hermanos tuyos en la fe, a quienes puedas acudir? ¡Levántate y camina!»

Despertó sobresaltado. Buscó al que le hablaba; mas, a nadie vió.

Henchido de valor, empezó a caminar y entró en una casa de comercio. Se dirigió hacia una persona que le pareció el dueño.

—Buenas noches, señor,—y antes que pudiese continuar, el caballero se adelantó y puso en las manos del señor Torregrosa una moneda. Le tomaba por un mendigo. Recibió la moneda y la guardó, después de haberle dado las gracias. Y continuó:—Tenga la bondad de decirme, señor, ¿dónde encontraré la capilla protestante?

—¡Qué sé yo de esa gente!—le respondió; dicen que están por allá por la calle Leganitos.

Le dió las gracias y se retiró.

Sus piernas casi no querían obede-

cerle y, haciendo un gran esfuerzo de voluntad, caminó, preguntando por la capilla protestante a cuanta persona encontraba.

A las nueve de la noche llegó a una casa. Tiró de la campanilla y le salió a recibir una venerable señora, que, con mirada recelosa y examinándole de arriba abajo, le pregunta:

—¿Qué desea Ud.?

—¿Vive aquí un señor ministro del Evangelio?—interrogó él.

—Sí, señor,—respondió ella.

—Tenga la bondad de decirle que un hombre forastero desea hablarle.

La señora empezó a excusarse de que era muy tarde, que viniera mañana, que la salud del pastor estaba delicada, etc., etc.

—Bueno, señora; comprendo todo eso,—apuntó el señor Torregrosa, pero le suplico que me anuncie; yo no puedo postergar esta visita.

Aun estaba hablando, cuando salió un caballero alto, quien, entre inglés y español, y sin soltar la puerta de su mano, le dice:

—¿Qué desea Ud?

—Deseo que me conceda Ud. unos momentos, para hablarle.

—No es buena hora esta, venga mañana.

—Lo comprendo, señor, pero es de todo punto necesario que hablemos ahora o nunca. No tema Ud. nada, aunque mi indumentaria no le sea muy simpática—prosiguió el señor Torregrosa. Recuerde, señor, que San Pablo reprende a los que se glorían en las apariencias. Yo soy un cristiano, miembro de una iglesia de provincias, y acabo de llegar de un viaje de más de cuarenta días a pié.

—¿Y cuál es su nombre?—interrogó el pastor.

—José Torregrosa.

—¡Ah!, sí! ya recuerdo, pase adelante.

¿Cómo puede este señor conocer mi asunto?—preguntábase don José. Sin duda que lo ha sabido por algún periódico, que ha hablado de mi prisión en Alcoy.

—Siéntese, le dijo—¿tiene hambre?

Esta era una pregunta un poco ruda para él; pero respondió:

—Sí, señor; tengo hambre.

En el acto desapareció el caballero y, a los diez minutos, don José tenía frente a sí una mesita muy bien abastecida. Buen pan, un par de huevos, un pedazo de carne y una taza de té.

Lloró de gozo.

Empezaron a hablar, pero don José sin perder tiempo; el hambre le devoraba. Mientras cenó, contó parte de su historia.

El pastor le escuchaba con muy buena atención y le dijo, que recorda-

ba haber leído algo acerca de él en los periódicos.

—Bueno, hermano,—continuó—Dios está aquí, y no hay por qué afligirse.

Y sacando de su bolsillo un papel-moneda de cien pesetas, (cien pesos papel-moneda chilena) le dijo:

—Puede Ud. usar de este dinero, como mejor le parezca, y mañana, a la hora del almuerzo, lo espero aquí.

Don José entendió la sabiduría de estas palabras.

Esta era una buena manera de decirle que fuera a limpiarse y vestirse; y así se resolvió el problema que para él era tan oscuro.

Se despidió del pastor y se fué en busca de alojamiento. Entró en el primer restaurant que encontró y, después de encomendarse a Dios, y poner su billete, atado en un trapito, debajo de la almohada, se acostó a dormir. Durmió sin interrupción hasta las sie-

te de la mañana. Al día siguiente, con el aire de un señor que paga bien, pidió el desayuno. Pagó y se lanzó a la calle.

Lo primero que hizo fué irse a una peluquería. En seguida, al comercio de los barrios bajos, a comprarse calcetines, zapatos, calzoncillos, camiseta, camisa, cuello, corbata. Se dirigió a una casa de baños y tomó un baño tibio. Otra vez al comercio.

Compró un traje de algodón, que cualquiera hubiese pensado que era casimir de lo mejor.

Antes de las once de la mañana, ya estaba don José en casa del pastor.

—Buenos días, señor.

—¡Ah! ¿es Ud?

—Sí, señor, el mismo.

Durante el almuerzo y después, su lengua, que ya había recobrado un tanto sus perdidas fuerzas, no cesó de hablar.

Aquella familia, con los ojos clava-

dos en él, escuchaba sin articular palabra.

Le invitaron a dirigir un culto de oración. Así lo hizo.

Luego, supo don José que el nombre de aquel ministro era Mr. Armstrong.

Ellos sentían simpatía por don José y éste por ellos y eran todos como miembros de una misma familia.

—Esta noche tenemos culto, le dijo Mr. Armstrong, y deseo presentarle a los hermanos.

Después de comer, se dirigieron todos a la capilla. Había esperando como 70 personas. La mayor parte gente obrera. Empezó la reunión. El pastor habló muy poco; le presentó a los hermanos y luego le cedió la palabra.

Su corazón estaba lleno de experiencias. Su condición de no ser mudo le dió facilidades para hablar, y se explayó largo rato.

Al terminar, los hermanos estaban

tan interesados por él, que hablaron con el pastor y le facilitaron dinero para regresar a su casa por tren.

Grande era su gozo, al pensar que pronto abrazaría a su esposa y a sus hijitos y les llevaría pan.

Antes de abandonar a Madrid, el Señor puso en su mente nuevas ideas.

En compañía del pastor fué a visitar al representante de la Sociedad Bíblica Británica, Mr. Palmer, caballero de regular estatura y de fisonomía atrayente.

Después de haberle presentado el pastor y haberle explicado sus recientes experiencias, Mr. Palmer le dijo:—Estoy a sus órdenes, hermano Torregrosa; dígame en qué puedo servirle.

Un nuevo horizonte abrióse en frente de él.

—Entrégueme Ud. un cajón de Biblias y Nuevos Testamentos, y mande otro cajón, a mi nombre, a la estación

de Ciudad Real,—respondióle don José. Mi intención—prosiguió—es volver a mi hogar, no por tren, sino a pié, de pueblo en pueblo, entrando en las mismas cárceles en donde he estado preso. Quiero probarles cómo Dios ayuda a los suyos. Quiero vender y y regalar libros, sembrando la Palabra de Dios por todo el trayecto.

Don José debía marchar. Despidióse del pastor, que tan amablemente le hospedó; y de los hermanos en la fe de nuestro Señor Jesu-Cristo, que tan generosamente aportaron su óbolo para remediar sus necesidades. Despidióse también del señor Palmer, quien de tan buena voluntad y sin conocerle, puso a su disposición buen número de Biblias y Nuevos Testamentos.

El recuerdo de esos queridos hermanos ha ocupado siempre un lugar predilecto en el corazón del señor Torregrosa.

III

Regreso a Alcoy

Hermosísimas fueron las experiencias que tuvo en su viaje de regreso. Emprendió su viaje a pie, según sus deseos, de pueblo en pueblo, visitando todas las cárceles en donde había estado preso. Creyó que era de su deber glorificar a Dios, dando testimonio de que su encarcelamiento no era por robo o crimen, sino por la causa de Cristo. Se sentía tan valiente, que le parecía estar escudado por una legión de ángeles.

Llegó al *Escorial*, y lo primero que hizo fué dirigirse a la cárcel. El carcelero no lo conoció, a primera vista. Después que se hubo dado a conocer, exclamó: «¿Quién lo había de conocer, si está Ud. tan cambiado? Cuando

pasó Ud. por aquí tenía toda la apariencia de un ¡presidiario!»

Le explicó cómo fué puesto en libertad y, acto continuo, empezó a hablarle del Evangelio. El carcelero llamó a su señora esposa y a sus hijitos.

El señor Torregrosa les leyó el pasaje referente al carcelero de Filipos, Hechos 16:16-32. No era predicador, pero les hizo un sermoncito que escucharon con toda atención.

Convidáronle a comer con ellos. Su mente estaba llena de recuerdos. Acudían a su memoria las escenas tristes desarrolladas poco tiempo atrás, cuando pasó por el Escorial, en calidad de reo. ¡Qué cambio! Se encontraba sentado a la mesa, junto al carcelero que, pocos días antes, le había tratado como a una bestia. Ahora era afable para con él; le trataba como su amigo íntimo, como su hermano.

Al terminar, le suplicó le llevase a donde estaban los presos, porque deseaba hablar un momento con ellos.

Accediendo a la petición de don José el carcelero tomó un gran manojo de llaves, y acompañados de un perro grande y bravo, se dirigieron al interior de la cárcel. Llegaron a una pieza, en la que había unos veinte presos. Daba pavor ver aquellos hombres, con sus cuerpos macilentos y sus caras demacradas. Unos paseábanse cabizbajos, otros estaban echados en el suelo, teniendo un trapo sucio por todo arreglo de cama.

El carcelero tenía que hacer y salió, cerrando tras sí la puerta.

Se encontraba don José en medio de aquellos desalmados. Al principio se asustó, porque todos le acosaron, para ver si tenía algún dinero, y de seguro le habrían saqueado, si no se hubiera apresurado a hablarles y a explicarles

quién era, que era un compañero de prisión; que pocos días antes, se encontraba en las mismas condiciones que ellos.—Al conocerle le abrazaron y comenzaron a hacerle preguntas, lo cual fué para él una puerta abierta, para darles explicaciones y predicarles el Evangelio.

Estuvo hablándoles como dos horas, hasta que vino el carcelero a buscarle. Después de haber recibido de aquellos presos las mejores palabras de agradecimiento y derramar lágrimas con ellos, les distribuyó algunos tratados y Evangelios y salió tras el carcelero.

Durmió en una cómoda cama, que el carcelero hizo arreglar en una de las piezas de su propia casa.

Al día siguiente, después de aceptar el desayuno, que tan voluntariamente le ofrecieron, y en seguida de haber orado, despidióse del carcelero y su familia y se dirigió al pueblo inmediato.

Siguió predicando en varios otros pueblos, de cárcel en cárcel, y siendo muy bien recibido en todas partes.

En *Madridejos*, el recibimiento que le hizo el carcelero fué muy diferente al de los otros pueblos que había visitado. Se dió a conocer a él, como en los casos anteriores, y fingió no conocerle ni recordar su nombre. Pidióle permiso para ver a los presos; no se lo concedió. Insistió en que quería entrar y hablarles de la injusticia del encarcelamiento que había sufrido. Todo fué inútil.

Se fué a recorrer el pueblo y a buscar alojamiento apropiado a su bolsillo. En los suburbios encontró un restaurant. Allí se metió. Entró al comedor, en donde había unos veinticinco pasajeros, comiendo y entretenidos en amena charla.

Buscó un lugar vacío y, sentándose, pidió comida.

A los pocos minutos, se le acercó un desconocido y, al ver la maleta, le preguntó qué negocio llevaba.

—El negocio del alma, llevo—le contestó.

Pronto se acercó un segundo y un tercero, los cuales se sorprendieron de su extraña respuesta. Le hacían muchas preguntas. Pronto dejó a un lado la comida y empezó a dar explicaciones. Se reunieron cuarenta personas. El les notaba deseosos de escuchar algo más y les leyó la parábola del hijo pródigo; Lucas 15; dando, en seguida, una corta plática, de acuerdo con su escasa preparación para anunciar el Evangelio.

Notó que el pueblo estaba preparado para recibir la Palabra de Dios, y resolvió quedarse un día más en Madridejos.

Al día siguiente, temprano, salió

a recorrer las calles, ofreciendo de casa en casa la Biblia.

Entró en una casa y un cuadro repugnante se presentó ante su vista. Era una cantina, y sentados alrededor de una mesa, estaban el cura romano, el alcalde, el secretario y el tesorero de la Municipalidad. Jugaban una encarnizada partida a las cartas.

Ya estaba dentro. No podía retirarse. Cobró ánimos, se acercó a ellos y les ofreció la Biblia. El secretario se puso de pie y le habló a gritos:

—Una bala tengo para Ud., señor, si no se va, al instante, de este pueblo,—dijo—poniendo su revólver en el pecho del señor Torregrosa.

Indignado por tamaño insulto, abrió don José su paletó y le contestó:

—Dispare Ud., señor. Aquí estoy. No me he movido.

El cura se levantó y, echándose sobre el secretario, le quitó el arma.

—Bueno, señor, dice el secretario, quince minutos le doy para que abandone el pueblo y, por su bien, le ruego no venda ninguna Biblia aquí.

—Señor, respondióle don José,—yo pensaba seguir viaje hoy mismo, pero no me iré hasta que venda un cajón de Biblias que tengo en el restaurant.

Y diciendo esto salió.

Así fué. En día y medio vendió todas las Biblias y abandonó aquel pueblo, gozoso por el triunfo que Dios le había concedido.

Siguió de pueblo en pueblo hasta que llegó a *Ciudad Real.* Allí encontró un cajón de Biblias, que desde Madrid había enviado el señor Palmer.

Tres días permaneció en esa ciudad. Anunció el Evangelio y vendió un buen número de Biblias.

Continuó su viaje sin novedad, y, a los 18 días de camino, llegó a su pueblo, Alcoy. Al entrar por sus calles,

derramó abundantes lágrimas de gozo y gratitud hacia el buen Dios, por el cuidado que tuvo de él; después de tantas penurias conseguía llegar a su pueblo, conducido por su mano paternal.

Su primer deseo fué llegar a su casa y ver a su esposa y a sus hijitos. Dios puso en su mente otros pensamientos. Debía ver al cura y hablar con él, antes de ver a su familia.

Al llamar a la puerta, salió el ama a recibirle y le condujo a la sala de estudio, en el segundo piso, en donde estaba el cura.

—¿Se puede entrar?—interrogó don José.

—Sí, adelante.

Entró. Le conoció en seguida.

—¡Ah! ¿Ud. es? ¡el protestante!

—Sí, señor, por la gracia de Dios.

—Pero, ¿no se encontraba Ud. fuera de Alcoy?

—Sí, señor, por insinuación suya—continuó el señor Torregrosa,—se me hizo conducir por la guardia civil a Madrid. Ud. estaba seguro de que yo no volvería, pero Dios protege a los suyos. Aquí estoy, gracias a El, otra vez, y vengo vendiendo la Sagrada Escritura.

—Yo le pondré a Ud. en otra parte, de donde no saldrá tan pronto, acentuó el cura.

Y don José:

—Muchas gracias. Donde quiera que yo esté, Dios estará conmigo, cumpliendo su promesa.

—Es que le haré poner en el castillo de Alicante,—dijo a grandes voces—y de allí no saldrá más. Retírese.

—Muy bien, señor, respondióle don José.—Dios sea con Ud. Pero quiero decirle una cosa y es ésta: si alguna vez Ud. viene a mi casa, tenga por cierto que yo le haré un recibimiento cristiano.

—Váyase al infierno, y no venga más por aquí,—fué la despedida del cura.

Pocos momentos después, se encontraba don José en su hogar. Dios había cuidado de los suyos. Sus hermanos en la fe no tardaron en llegar. Tenía mucho para contarles.





CAPITULO VI

De nuevo en Alcoy

I

Una vez en Alcoy, tuvo conocimiento don José de que el pastor Ben Oliel había sido nuevamente encarcelado, y que había salido de la cárcel porque la iglesia reunió dinero y entregaron la causa en manos de un abogado y de Dios.

Don José no tenía colocación. El pastor sugirióle la idea de fundar una escuela nocturna. Hízolo así, estableciendo dicha escuela con 25 alumnos y con la ayuda de ellos y del pastor se sostuvo don José durante 4 meses.

De vez en cuando ocupaba el púlpito. Esto dió ocasión a que sus antiguos enemigos le tomasen ojeriza.

El señor Seguí, persona rica, amigo de don José, buscó a la esposa de éste, y díjole: «¿Qué ganas tú viviendo con José?»

Ella era católica y aun no estaba convertida; pero aquello de apartarse de su esposo no lo aceptó. El señor Seguí trabajó con las señoras devotas, para que consiguieran separarla del lado de su marido, con su familia. Este señor llamó, por fin, a don José y le dijo:

—¿Qué negocio tienes o qué os dan

cuando entráis en esa iglesia, que os hacéis tan empecinados?

A lo que le replicó don José:

—La causa de ser empecinado consiste en haber alcanzado mi salvación... el cielo, el cielo es mío: Cristo me lo dió.

—¡Qué barbaridad! ¿El cielo es tuyo?

Don José trató de explicarle el significado de aquella afirmación; pero no llegaron a ningún entendimiento y don José se retiró.

Como su esposa interrogase, después, a don José sobre su entrevista con el señor Seguí, él contóle todo y ella, entonces, también le puso en conocimiento de las gestiones de aquél, acerca de ella y la familia. Esto dió ocasión a don José para hablar a su esposa del Evangelio, con mayor fuerza. Ella, sin embargo, permanecía indiferente.

Cierto día, empero, don José sintió que, en este asunto de su familia,

estaba faltando ante Dios. Llamó a su esposa y le dijo:

«Aquí soy yo cristiano. Soy el padre. Todos los que viven en esta casa deben seguir estas creencias. El que no quiera acompañarme, tiene la puerta abierta».

Desde ese mismo día cesó la oposición. La señora comenzó a dedicar su atención a la Biblia y concurrió al culto alguna que otra vez.

II

Partida a Barcelona

Pero el hambre atacó segunda vez de frente a don José en Alcoy. Partió, pues, para Barcelona, solo, en busca de algo, habiendo sido ayudado por el pastor para su viaje.

Llegado a Barcelona encontró don

José a un pastor bautista, el señor Cifre, quien le hospedó en su casa muchos días y luego le hizo una proposición.

—Pienso darle a Ud. el puesto de predicador local, díjole el señor Cifre.

Le suministró dinero y don José trajo su familia a Barcelona. Habitaron en un departamento de la casa pastoral. Fué tanta la confianza que inspiró a este siervo de Dios, que le asoció a la predicación y le instruyó mucho en el arte de predicar.

Hacía don José la obra de evangelista, visitando los pueblos adyacentes: Garriguella, Pau y Figueras.

Durante uno de estos viajes, recibió don José carta del pastor, asegurándole de la conversión de su esposa. Tuvo, pues, el gozo de poder tratarla como hermana en la fe, desde ese momento, y así se lo escribió.

III

Comienzo de la obra en Figueras

La iglesia bautista confirió a don José el título de evangelista y, en este carácter, comenzó la obra en Figueras.

Corría a la sazón el año 1879. En aquel entonces, contaba la ciudad con 4,000 habitantes. Don José no tenía allí amigos. Dirigióse al hotel y toda aquella noche la pasó velando y dirigiendo esta interrogación: «¿Qué quieres que haga, Señor?» Al día siguiente salió sin rumbo. Al cabo de dos días veía, con pesar, que nada se le presentaba que facilitara su proyecto. Al tercer día se hizo amigo de un caballero de apellido Serra, abogado. Al decirle que había ido a abrir obra evangélica y que buscaba facilidades, le hizo men-

ción del presidente de la Sociedad de Socorros Mutuos. Era una sociedad fuerte. Se dirigió don José al presidente que era un caballero de apellido Ramírez.

En pocas palabras dióle a saber don José lo que de él solicitaba, sabiendo que era liberal. Cedióle este caballero el gran salón de la Sociedad de Artesanos, con luz, asientos, etc.

Aquel señor hizo propaganda.

A las 8 P. M. se hallaba el salón lleno de gente: lo mejor de la aristocracia de Figueras. Pusieron, al principio, mucha atención, si bien, cuando don José comenzó a hablarles de Jesús, asomaron sonrisas a los labios. Prosiguió, sin embargo, pintándoles los beneficios que reporta la fe en Jesús, su carácter inmaculado... Díjoles que era su propósito abrir una escuela y obra evangélica. Allí mismo se comprome-

tieron a ayudarle con dinero, por suscripciones mensuales.

Estableció, realmente, una escuela nocturna. Tuvo unos 30 alumnos al principio. Con mucho tino y gran prudencia les fué hablando poco a poco del Evangelio. Al cabo de unos días, tenía un coro de jóvenes y se alquiló un armonio. Tomó un local en arriendo, y permaneció allí dos años, haciendo el trabajo de un pastor, sin estar afiliado a una misión determinada. Al partir, había en Figueras, una congregación que contaba con 120 miembros.

IV

En Valencia

Después de un viaje de tres meses a los Estados Unidos, con su familia, regresó el señor Torregrosa a Valencia. Corría el año de 1883.

La primera noticia que tuvo, a su regreso, fué que Valencia era inexpugnable para el Evangelio, es decir, para el protestantismo, según el entendimiento de ellos. Nadie había anunciado allí tales doctrinas.

Un extranjero, llamado Armstrong, —le dijeron—vino, hace poco a predicar. Se extendió la voz. Dos desconocidos se le acercaron y le dijeron: «Ud. toma el tren y se vuelve al punto de donde vino. Aquí no queremos verle más».

A la semana siguiente de aquel suceso, fué cuando llegó don José Torregrosa a la misma ciudad. Aquí hay lugar para que fijemos nuestra atención en los caminos de la Providencia.

Cierto día, se hallaba don José en la Glorieta, que es un paseo público, y un colportor le ofreció la Biblia. Supo entonces que el señor Armstrong se había ido. Yendo, en seguida, al Grau

(que es un populoso barrio de Valencia) encontró a cuatro o cinco obreros que salían de una reunión.

Estos eran amigos de don José. Como les interrogase sobre lo que hacían, le dijeron que eran espiritistas. Comunicóles, entonces, don José que venía a abrir obra evangélica, siendo por ellos invitado al centro, para tener una discusión. Aceptó don José, pidiéndoles que le invitasen por escrito. Así lo hicieron. Miguel Martí Coll, que fué más tarde obrero evangélico en Chile, estaba en esa reunión.

El presidente era un señor Rocafull.

Le leyeron el pasaje: «Mas os digo que ya vino Elías y no le conocieron, (Mateo 17:12); y en Lucas 1:17». «Porque él irá delante de él, con el espíritu y virtud de Elías».

El, sin embargo, llevó el asunto por otro camino, que el señalado por los intérpretes espiritistas. Les habló de

que rezaban el Padre Nuestro y se emborrachaban y mentían: ¿sois así hijos? ¿Podéis llamar Padre a Dios?— Con esto se produjo mucha agitación en el Centro.

Al abrir don José un local en el puerto, los espiritistas fueron los primeros en asistir. En casa del señor Torregrosa vivía un joven, llamado Vicente Mateu, quien era también de los asistentes, y que luego se entregó al Señor.

Al poco tiempo, consiguió don José un local en el centro de Valencia, pues el que tenía en el Grau era ya pequeño. No le ocurrió a él lo que a Mr. Armstrong, pues conocía a la gente.

Una hermana carnal de don José, llamada Agueda, vino a verle, a poco de su regreso de los Estados Unidos. No se atrevió don José a hablarle, desde luego, de sus creencias, por causa de su beatería.

Ella, sin embargo, reparó que un hijito de don José oraba, y le cautivó la forma en que su hermano educaba a la familia. Ignoraba que don José predicaba.

Llegó el Domingo, y por la mañana le dijo don José:

—Mira, Agueda, esta noche voy a una casa con mi familia; si quieres, puedes venir.

Ella creyó que irían de visita a la casa de alguna familia.

Cuando llegaron a la capilla, se sentaron todos en un banco. Luego se dirigió don José al púlpito. Ella quedó atónita. La capilla se llenó de gente. Durante el curso de la predicación, la vió llorar y, cuando terminó el servicio, se llegó a él y le abrazó.

—Ahora quedo convencida,—le dijo —de quién eres tú: tú eres un santo.

Vuelta a la familia, defendió a su hermano José.

Al cabo de tres años, tenía una congregación de 40 o 50 miembros.

No pertenecía a ninguna misión y no tenía sueldo. Por ese tiempo llegó a Valencia un misionero inglés, Mr. Haglund, que abrió un local en el puerto, y atendía a los pasajeros extranjeros.

Entabló, don José, relaciones con él y, habiendo ya puesto el Señor en su mente la idea de venir a Sud-América, entregó la congregación a Mr. Haglund.





CAPITULO VII

En la Argentina

Desembarcó don José en Buenos Aires, en tiempo de la dispersión de los chilenos, que ocasionó la revolución del año 1891. Su familia se componía, entonces, de su esposa, señora Rosa Visens de Torregrosa, su hija Concepción, casada ya en ese tiempo, y de los menores Milca, Samuel y Moisés.

Al llegar, entró como en su propia casa, seguro de poder hablar con aban-

dono completo, entendiéndole todos. La comunidad de idioma da un aplomo increíble. ¡Nadie es extranjero donde hablan su lengua!

A los pocos días de hallarse don José en Buenos Aires, resolvió trasladarse a la ciudad de La Plata, y allá fué, acompañado de su esposa y familia. Arrendó casa, y apenas se hubo instalado, su hija Milca se enferma de gravedad y muere. En tan aflictiva situación, don José sintióse solo y angustiado, por carecer de recursos para atender a las necesidades de su hogar.

Pero el carácter del señor Torregrosa distaba mucho de dejarse arredrar por la pobreza, el aislamiento y el infortunio. Espíritu activo, inteligencia extraordinaria, pronto consiguió hacer frente a sus necesidades.

Cierto día, después de haber orado y puesto delante del Señor su causa, salió a vagar por las calles, sin rumbo

fijo. Largas horas anduvo. Por fin, al enfrentar la calle Diagonal 74, entre 2 y 3, ve un galpón con un rótulo arriba que decía: Jorgè Maull.

—¿Será inglés?—se preguntó don José; e impelido por una fuerza extraña y superior, se metió en el galpón.

En la oficina se encontró con un caballero, no muy alto, de regular edad, quien le recibió afablemente.

—Buenos días, señor,—le dice el visitante—¿Es usted el dueño de este establecimiento?

—Sí, señor, ¿qué se le ofrece?

—Deseo hablar una palabra con usted.

—Pase adelante.

Y le condujo a su casa habitación.

—Yo soy cristiano—prosiguió don José—no sé lo que es usted, pero he venido acá con mi familia, porque Dios me ha enviado a buscar pan para mis

hijos. Al pasar, he tenido la intuición de que usted es cristiano.

Siguió don José relatándole el motivo de su venida, sus persecuciones en España, sus peripecias, su aflicción, sus miserias.

—Tome usted,—le dice aquel señor, alargándole veinte nacionales—úselos como quiera. Venga mañana y hablaremos más.

Mucha alegría hubo en la casa del señor Torregrosa aquella mañana. Su esposa y sus hijitos tenían pan.

Al día siguiente acudió don José a la cita. El señor Maull le hizo pasar nuevamente a su casa habitación y, habiéndole presentado a su esposa y familia, dice al señor Torregrosa:

—Dirija usted un culto aquí.

Celebró, pues, el señor Torregrosa un culto de familia, y oró con todo el fervor de su alma. La familia lloró con él.

—Acto continuo, queda usted constituído en maestro de estas mis hijas y de mis dos niños. Venga, enséñemelos, yo le pagaré a usted.

La Misión Metodista comenzaba en aquellos tiempos a abrir obra evangélica en la ciudad de La Plata. Durante los años 1888 y 1889 los Dres. Drees y Thomson habían visitado la ciudad y sembrado la buena simiente en el corazón de buen número de personas, en esa populosa ciudad.

En el año 1890 se nombró al señor Joaquín Domínguez, como pastor de La Plata; quien empezó humildemente su obra, en una casita de madera, propiedad del señor Maull.

El 1.° de Noviembre de 1891, el pastor S. S. Espíndola, era enviado a La Plata. El señor Torregrosa, de acuerdo con el Rev. Espíndola y el señor Maull, abrió una escuelita diaria, en la misma casita donde se celebraban,

por cuenta de la Misión, los cultos evangélicos. La matrícula alcanzó a treinta alumnos. Don José vivía de lo que los padres de esos alumnos le pagaban por enseñar a sus hijos y, también, del producto de una clase de teneduría de libros, que daba a alumnos particulares, y de la contabilidad que llevaba en algunas casas comerciales. La aflicción pasó y don José y su familia empezaron a vivir más holgadamente.

La obra del Señor, bajo el pastorado del señor Espíndola, entró en un período de gran desarrollo. Hubo necesidad de buscar un local más espacioso, y se arrendó uno en la calle 3, frente al mercado. El nuevo salón fué alhajado con buena plataforma, un lindo púlpito, hermosa baranda, bancos, lámparas, etcétera. Abriéronse nuevos locales de predicación y cultos de familia en el hogar de los hermanos Maull, Terragno, Montagna, Parodi y otros.

El señor Torregrosa recibió en 1892 licencia de predicador local, de parte del Dr. Drees, superintendente de la obra en esos años. Fué nombrado superintendente de la Escuela Dominical y ayudaba en las reuniones de la iglesia y en los cultos familiares.

Su escuelita diaria, que funcionaba en el local de cultos de la calle 3, mejoró notablemente en su matrícula. Don José se presentó al Consejo Escolar y solicitô que se le concedieran útiles. Al día siguiente de haberse presentado, tenía a su disposición un carro con bancos, mapas, libros y cuadernos, todo, incluso el flete, pagado por cuenta del Consejo.

En Agosto de 1894 fué enviado a La Plata el señor don Alberto Vidaurre.

La obra entró en una nueva era de prosperidad, bajo la dirección del nuevo pastor. Concentráronse los fuegos contra la incredulidad y el pecado,

en el espacioso local de la calle 3. Con frecuencia dábanse conferencias religiosas en los teatros y otros centros importantes de la ciudad. Siguióse prestando especial atención a la obra, en los locales y también en el hogar de los hermanos que ofrecían sus casas, para que se predicase el evangelio. Poco a poco se consiguió que algunas familias nuevas asistieran al local de cultos de la calle 3.

La Misión Metodista ayudó a don José con doce nacionales argentinos, y éste, a su vez, habiendo abandonado algunos de sus trabajos en casas comerciales, comenzó a dedicar más tiempo a la obra, para la cual se sentía llamado.

Mientras tanto, Dios, en su divina providencia, preparaba para don José un nuevo derrotero. Aun le aguardaba un vasto campo de acción, con nuevas y ricas experiencias.



CAPITULO VIII

En Chile (1)

I

Siguiendo las indicaciones providenciales a que hasta aquí había obedecido, aceptó don José una proposición que le fué hecha de la República de Chile.

«Es hermosa región, y separada
De todo el mundo está. De Dios bendita
Es esta tierra; majestad, belleza

En ella prodigó feliz Natura;
No hay en sus aires pestilentes miasmas,
No cae el rayo ni huracán la azota,
No hay en sus bosques homicidas fieras,
Ni reptil venenoso, ni en sus ríos
De puras aguas el caimán se aduerme;
El Pacífico mar la baña toda.
Tierra feraz que brotará los frutos
De climas varios y de opuestas zonas.

. . . .

«El Andes caprichoso se dilata
Tras uno y otro valle deleitoso.
Hay hondos lagos y a la vez excelsos,
De do bramando se desata el río
En chorros de diamantes, o en plateadas
Cataratas altísimas. Los bosques
Surgen del fondo de quebradas negras,
Do el arroyo murmura y van vistiendo
La inmensa mole hasta la cinta argéntea
De nieve perennal. Los avellanos
De lindas formas y cambiantes frutos,
De las andinas faldas se enamoran
Y huyen esquivos los frondosos valles;
Los canelos, el roble y el alerce
Y los piñones de sin par belleza,
Con las cimas igualan las honduras;
El amoroso *coile* y el *copigüe*
En estrechos abrazos se entrelazan;
Aquél racimos de sus frutos brinda,
Este guirnaldas de preciosas flores.

. . . .

«Sólo parece cada enorme cerro,

Ya de rocas abruptas escarpadas,
Ya de nieve cubierto o de verdura;
Y entre el silencio y soledad augustos
Al viajero le dicen: Aquí estamos
Desde que al soplo del Criador surgimos».

Llegado el señor Torregrosa a este país, no pudo aceptar la proposición ofrecida, bajo las condiciones que se le proponía la obra, y se dirigió, entonces al Rev. Ira H. La Fetra, único representante en aquel tiempo, — 1895, — de la Iglesia Metodista Episcopal en Chile.

Habiendo ofrecido sus servicios al señor La Fetra, después de pedirle algunos días de espera, le envió a Valparaíso, para que abriese obra metodista, por primera vez allí. Era una empresa de fe, pues el señor Torregrosa no llevaba más dinero que para el transporte de la familia y para vivir escasamente algunos días.

II

La obra en Valparaíso

Arrendó un salón en la calle que, en aquel tiempo, se llamaba de Maipú, en el número 365, y pagó anticipado. Pero después se encontró con las cuatro paredes, y nada más. ¿Qué hacer? Ya tenía salón: ¿y cómo empezar las reuniones, sin nada más que las paredes? Dos horas pasó don José en oración con grande angustia. Compró tres o cuatro cajones de parafina, vacíos; pidió, por favor, prestados a unos albañiles unos cuantos tablones, sucios de cal y barro, y con los cajones formó asientos. En seguida se fué a casa y trajo las frazadas de su cama para cubrir las sucias tablas.

Cuando ya pensaba que tenía lista la sala, levantó los ojos al techo y

ocurriósele que no podía predicar por falta de luz. Esto le acobardó. Cerró la puerta y con su hijo Samuel, se arrodilló ante el Señor y le dijo: «Señor, ¿y lámparas?»—Esto le parecía un imposible. Sin embargo, recibió del Señor la seguridad de que tendría reunión aquella misma noche.

Pero ¿cómo? ¿De dónde iban a venir las lámparas? El era completamente desconocido allí. Oró nuevamente, y saliendo se dirigió a la parte central de la ciudad. Después de mucho caminar, vió una gran lamparería. Paróse a contemplar las bonitas lámparas que había allí. «¡Qué buenas para mi salón!»—se decía.—De pronto, sintióse impelido a entrar. No tenía un solo centavo en su bolsillo.

Entra no más—le decía una voz secreta.

—Buenos días, señor,—dijo al en-

trar, dirigiéndose a la primera persona que vió—¿Está el principal de la casa?

—Sí, señor,—contestó el interrogado.

—Tenga la bondad de llamarle,—indicó don José.

Venido que hubo el jefe de la casa, entablóse el siguiente diálogo:

—¿Qué se le ofrece a Ud?

—Señor, yo necesito dos lámparas.

—Muy bien, puede Ud. ver la clase.

—Pero es el caso que no tengo dinero.

—¿Y cómo se atreve Ud. a entrar a comprar sin dinero?

—Perdone Ud., señor, y tenga la bondad de escucharme. Yo no conozco a Ud., es cierto; ni sé qué religión es la suya; esto no me importa. El que me manda aquí sabe todo esto. Yo soy predicador del Evangelio; he venido acá con el propósito de empezar cultos evangélicos. Pertenezco a la Iglesia Metodista Episcopal, tengo el

salón listo en la calle Maipú. Me faltan las lámparas y quiero empezar esta noche. ¿Puede Ud. tener confianza para fiarme dos lámparas? Se las pagaré dentro de dos meses.

Entonces aquel caballero contestó:

—Puede Ud. escoger las que guste.

—¡Gloria a Dios!—contestó don José, y el diálogo continuó:

—¿Cuánto valen?

—Cuarenta pesos.

—Aquí está mi nombre, única garantía que le puedo dar; y ahora, tenga la bondad de darme ganchos de alambre para colgarlas, dos clavos o anillos y dos litros de parafina.

A esto le dijo el caballero:

—De manera que, según veo, quiere Ud. que yo haga la fiesta por completo.

—Naturalmente.

—Muy bien, aquí lo tiene todo.

Y don José salió con las lámparas.

A las ocho de la noche estaba el

salón abierto, siendo una novedad en la calle los rayos de luz que despedían aquellas flamantes lámparas.

Puso un cajón por púlpito. La congregación se componía de la esposa de don José, de Concepción, su hija mayor, y de sus hijos Samuel y Moisés, quienes, gracias al don de cantar que Dios les dió, formaron coro y comenzaron a cantar un himno tras otro.

Algunos curiosos empezaron a pararse a la puerta. Al verlos, comenzó don José a decirles que les traía buenas nuevas; que quería contarles una historia, e invitólos a pasar adelante y a tomar asiento. No entraron. Se cantaron otros himnos.

La gente en la puerta iba en aumento. Por fin, don José empezó a hablar respecto a la miseria, los afanes, las tribulaciones en que el pueblo estaba sumido y les dijo que les traía la medicina para tanto mal. Dos horas duró

la reunión y entraron como doce personas. Estas quedaron convidadas para el día siguiente, a la misma hora. Así fué; a la misma hora del otro día, ya estaban cantando allí el señor Torregrosa y los suyos. Aquella noche asistieron 30 personas y quedaron convidadas para el día siguiente.

Siguiendo las reuniones diarias llegó el día Sábado, en que la gente transita más. Esa noche se llenó el salón y don José predicó con toda la fuerza y el poder que Dios le daba.

A las dos semanas tenía una concurrencia que el salón no podía contener. Entonces empezó el enemigo a interrumpir con piedras, insultos y toda clase de gritería.

A los pocos días después, se sintió don José, cobarde y anonadado como el que ha caído en un pozo y no puede salir. Sólo entonces vino a entender que justamente había ido a abrir el salón

en la parte más corrompida de la ciudad de Valparaíso. No era posible tener reuniones allí.

En la casa del lado, piano y canto con gritos altisonantes; en el otro lado, arpa, tamborileo, gritos de orgía y pugilato. Además, dentro del salón caían los hombres envueltos en sus vómitos y en sus estiércoles.

Su esposa y los niños rodeaban asustados a don José. La atmósfera de tabaco y suciedad era insoportable.

Cierta noche, al regresar a su casa, don José cayó de rodillas: «Señor, dijo, ¿dónde he venido a parar? Soy hombre perdido». Pero en medio de tan honda decepción, siente que el Señor le dice: «¿Tantos días pidiéndome un salón y ahora te quejas? Sigue, que yo estoy contigo; ese es tu puesto; yo tengo allí muchas almas que tú no conoces».

Anduvo don José predicando y llo-

rando durante algunos meses. Tan pronto como empezó a poner en práctica sus vastos proyectos y a trabajar intensamente en aquella parte de la ciudad, unos se maravillaron, otros le trataron de loco, otros se rieron de él. ¡Cómo se conoce, se decían, que no entiende lo que es este país!

Don José amaba a esos pecadores, los amaba con amor sin límites, hasta el sacrificio. La pasión por las almas le penetraba y poseía. Pronto pudo notar que cierto número de hombres se colocaban cerca de él al terminar los cultos y se quedaban con él para hacerle preguntas.

Empezó, pues, el señor Torregrosa a tratarlos como amigos y a darles hojitas para cantar. Pero ¡qué cánticos, Señor! Aquello parecía más bien una bandada de *choroyes*.

Un poco más tarde, esos mismos

imponían ya el orden, y sacaban arrastrando a los borrachos.

Aquel número de interesados fué creciendo. La semilla sembrada en su corazón iba prendiendo. Comenzaban a verse ya frutos de arrepentimiento, cambio de costumbres y regeneración. El gozo y el valor del predicador fueron aumentando.

Ya empezó a explicar don José la formación de la iglesia, y a tomar nombres y a visitarles en sus domicilios. A los tres meses estaba haciendo el trabajo de pastor y misionero.

A los 7 meses de haber empezado la predicación allí, llamó el señor Torregrosa al Presbítero Presidente Dr. Ira H. La Fetra para inaugurar la Iglesia Metodista Episcopal en Valparaíso. Efectivamente, en Diciembre de 1895 trasladóse dicho misionero a Valparaíso, acompañado de su inolvi-

dable compañera, la señora Adelaida W. de La Fetra.

Voy a relatar aquí un hecho que quedó grabado, con viva intensidad, en el recuerdo del señor Torregrosa. Fué el cuadro que el Señor le hizo contemplar en aquella ocasión y que vino a resarcirle con creces, de todo cuanto había allí sufrido.

Cuando estaban en el momento más solemne, de rodillas el pastor y el Presbítero Presidente, para hacer la consagración del pan y el vino, una voz secreta dijo al oído del señor Torregrosa, con tono fuerte, cual voz humana: «Levanta los ojos y admira la grandeza de Dios». El señor Torregrosa continuó inmóvil y reconcentrado en aquel acto; pero como la voz se repitiera, dijo: «Señor, yo nunca he levantado la cabeza, estando hablando contigo». Pero de nuevo aquella

poderosa voz le dijo: «Levanta tu frente y admira la grandeza de Dios».

No pudo resistir más y levantó la cabeza mirando en su rededor. Viendo a aquellos pobres harapientos de rodillas con tanta solemnidad, y en medio de aquel silencio religioso, don José quedó absorto.

«Estos son aquellos borrachos que tanto te afligieron con sus relajadas palabras e insultos tan groseros; ahí los tienes, en tus manos los he entregado»—le dijo el Señor.

Un rasgo, por demás simpático, de esta narración, será consignar aquí que en medio de aquellos pobrecitos, se encontraba sentada la preciosa señora Adelaida W. de La Fetra.

La iglesia se inauguró el 8 de Diciembre, con 14 miembros en plena comunión y 20 probandos, quedando más de 50 adherentes. Todo en el plazo de 7 meses de trabajo.

De las actas de la Conferencia de 1896, tomamos el siguiente informe:

«La obra en manos del pastor Torregrosa se muestra muy alentadora. Ha habido un buen número de conversiones y la congregación está creciendo en espiritualidad y en las gracias que forman el carácter cristiano. Las clases de experiencias han sido notables por el número, la precisión y la claridad de los testimonios. El cambio evidente en las vidas y en las casas de muchos de los miembros, son firmes testigos del poder del evangelio de Cristo para levantar y transformar». —IRA H. LA FETRA.

En *El Heraldo Evangélico*, órgano de la iglesia presbiteriana de aquel tiempo, se publicaron las siguientes noticias:

«**El Evangelio en el Almendral.**— A nuestro ruego, el hermano señor

Torregrosa nos ha comunicado las siguientes líneas acerca de su obra:

«Aquí en este puerto la causa de Cristo marcha mejor de lo que merecemos. Hemos tenido días de mucho gozo escuchando testimonios preciosos de hermanos que, salidos del vicio y la corrupción, han testificado delante de las gentes de la obra maravillosa que Dios ha hecho en sus corazones, sintiéndose felices y contentos de verse libres de aquella vida degradada y miserable que en un tiempo llevaban.

«Grande es la obra que el Señor está haciendo en esta sección de la ciudad. Creo que ha llegado la hora de la evangelización de este gran campo del Almendral, centro de miserias humanas.

«El Miércoles pasado tuvimos una reunión en un conventillo, donde vive nuestro querido hermano A. Donoso,

y allí fuimos terriblemente apedreados, apostrofados e insultados con las palabras más incultas. Allí tuvieron ocasión los hijos de Loyola para demostrar la instrucción religiosa que en este pueblo producen sus enseñanzas diabólicas. Nosotros, contentos y gozosos, seguiremos a nuestro Salvador, trabajando en la regeneración de este pueblo, pese a quien pese y mientras dure nuestra vida acá, confiados en que la obra es de Dios y, a su tiempo segaremos si no hubiéremos desmayado. Su servidor y hermano en Jesús.—José Torregrosa.—Valparaíso, 29 de Febrero de 1896.»

Fué en esos días cuando tuvo lugar la conversión notable de los queridos hermanos Vicente Mendoza y Gaspar Ortíz, a quienes don José Torregrosa llevó en su corazón hasta el día de su muerte.

Creo de interés insertar aquí un

corto testimonio del hermano Gaspar Ortíz. He aquí sus palabras:

«Corría el principio del año 1896; Mi vida hasta ese entonces era una vida miserable y abatida por los vicios. Muchas veces hice esfuerzos por abandonar mi camino pecaminoso, sin poderlo alcanzar.

«Cierta noche, una persona amiga me invitó a un culto evangélico en calle de Maipú. La primera vez no entendí nada de lo que se predicaba y hasta intenté no volver más; pero mi amigo me instó una y otra vez y seguí asistiendo.

«Poco a poco fuí comprendiendo las palabras de vida, comprendí el estado triste en que mi alma se encontraba y en esas luchas y conflictos espirituales fué cuando el pastor Torregrosa con su carácter afable y cariñoso, me llevó a la cruz de Cristo, remedio donde encontré mi paz y salvación.

«Desde entonces el pastor Torregrosa no me dejó un momento. Siempre estaba a mi lado fortaleciéndome en los momentos de angustia, arrojando luz en mi sendero y ayudándome con sus consejos y exhortaciones.

«En el cielo espero ver a aquel que me condujo a Cristo.

«Quiero honrar la memoria de mi pastor siendo fiel a mi Maestro y Salvador.—Gaspar Ortiz.—Santiago de Chile, Enero de 1921.»

El número de almas convertidas y demás personas evangélicas interesadas en oir la predicación era tan crecido, que el local de calle Maipú resultó estrecho, por cuya razón, don José se vió en la necesidad de buscar otro local más espacioso. Y, al efecto, alquiló uno en calle Chacabuco, esquina Doce de Febrero.

Allí siguió don José predicando con denuedo. A las cuatro de la mañana

ya estaba en pie para pasar unas cuantas horas en estudio, meditación y oración dedicando el resto del día a recorrer los hogares de las almas recién convertidas.

La obra se afianzaba.

El Espíritu del Señor hacía prodigios en cada reunión.

Abriénronse locales y nombró un buen cuerpo de guías para atenderlos. El local que mejores resultados dió, en aquellos tiempos, fué el que se abrió en el Barón.

En Mayo de 1896 aparecían en *El Heraldo Evangélico* las siguientes líneas:

«La marcha del evangelio se está abriendo paso majestuosamente, acrecentando así el número de los redimidos por Aquel que dijo: «El cielo y la tierra pasarán, mas mis palabras no pasarán», (Lucas 21:33).

«Hace como un mes que entramos a ocupar un espacioso local en la calle

Chacabuco, esquina Doce de Febrero, por habérsenos pedido el que teníamos en Maipú. El Domingo 10 del actual tuvimos la visita de nuestro amado hermano en la fe, Dr. Thomas Wood, Superintendente de la Misión en el Perú, que se encuentra por algunas semanas en el país, con motivo de la ausencia del Dr. La Fetra. Con la lucidez y elocuencia que le son peculiares predicó el Dr. Wood acerca de las palabras de nuestro Señor: «Tomad, comed, este es mi cuerpo». Acto continuo, administró la cena del Señor, de la cual participaron 59 miembros.

«La concurrencia fué como de 150 personas, habiéndose notado de una manera clara la presencia de Dios, quedando todos con tan gratos recuerdos que no tan fácilmente se olvidarán. Dios nos conceda ver disiparse las densas tinieblas de la superstición y que luzca en su lugar, el sol de

justicia y de verdad.—JOSÉ TORREGROSA.—Valparaíso, 16 de Mayo de 1896.»

Grandes y provechosas fueron las experiencias adquiridas por don José Torregrosa, en la obra del Señor en Valparaíso.

Su consagración a la obra, su pasión por las almas y su predicación ardorosa, producían tal efecto en el ánimo de los asistentes, que éstos buscaban con intensidad y agonía el perdón de sus pecados. Almas nuevas permanecían cada noche, después de terminado el culto, ansiosas de ser enseñadas en las doctrinas consoladoras del evangelio.

Durante tres años trabajó intensamente con aquellas almas conduciéndolas a Cristo y procurando el arreglo de sus condiciones sociales. Según sus apuntes, en ese lapso de tiempo, llevó de continuo matrimonios para ser le-

galizados por la ley y fué testigo en no menos de 50 de estos matrimonios.

A principios del año de 1898, al salir el Rev. José Torregrosa de Valparaíso, dejaba una congregación de 80 probandos, 54 en plena comunión y un número de no menos de 100 adherentes.





CAPITULO IX

En Chile (II)

I

La obra en Santiago

La obra de la Iglesia Metodista Episcopal extendíase a fines del año de 1897, por diversas ciudades y pueblos de la parte Norte, Centro y Sur del país. En Santiago habíase comenzado la obra, pero se había abandonado por dureza del terreno, esperando una mejor oportunidad.

La Conferencia Anual celebrada a principios del año de 1898, viendo el éxito que el Rev. José Torregrosa había tenido en Valparaíso, le trasladó a Santiago, para que comenzase allí.

Efectuado el traslado, comenzó a estudiar el campo y a buscar un local adecuado en un centro populoso de la ciudad.

Pronto encontró uno en calle de San Pablo, frente a la Plazuela. Desde allí disparó sus primeros tiros de metralla contra el enemigo.

A los pocos días comenzó a llamar la atención del vecindario. De cuarenta a cincuenta personas comenzaron a frecuentar los cultos. Hombres borrachos de vida dudosa, de costumbres depravadas comienzan a transformarse y convertirse, pero juntamente con esto, comienzan los ataques de los elementos hostiles, interrumpiendo las

reuniones, provocando al pastor y arrojando piedras, cohetes y toda clase de inmundicias dentro del salón.

El espíritu de don José se deshacía en él.

«No puedo andar por las calles—escribía en aquel tiempo—sin sentir compasión por esa multitud de almas, sumidas en la más grande ignorancia acerca del verdadero Dios y como consecuencia lógica, enfangada en la corrupción más lastimosa. Me interrumpen las reuniones, y me insultan, escarnecen y apedrean. Con frecuencia me siento obligado a caer de rodillas delante de mi Señor que me ha enviado como oveja en medio de lobos, para que me conceda toda la fuerza de su Espíritu Santo para llevar adelante esta difícil obra.»

Con fecha 12 de Agosto de 1898, *La Ley*, diario entonces muy en boga,

hacía en sus columnas la siguiente denuncia:

«**Intransigencia religiosa.**—En la calle de San Pablo, frente a la Plazuela de este nombre, funciona desde hace algún tiempo, una iglesia evangélica, donde, tres veces por semana, se dan conferencias públicas, a las que asisten numerosas personas.

«En ella se predica la doctrina protestante y se hace propaganda a su favor.

«Desde hace algún tiempo, varios jóvenes conservadores, entre los que figura un oficial de la Guardia Nacional, acuden a estas conferencias a provocar desórdenes, insultar al pastor protestante y molestar, por todos los medios posibles. En una ocasión en que fueron amonestados por aquél y reconvenidos por su incorrecto proceder, le acometieron, dándole de bofetadas. Por más que el pastor ha solicitado el auxilio de

de la policía, no ha podido lograr que se impidan estos inauditos atropellos.

«La conducta observada por los provocadores, a más de la falta cometida, revela hasta dónde puede llegar la intransigencia religiosa».

En la sesión de la Conferencia Trimestral del 15 de Enero se expresó don José en los siguientes términos, acerca de estas experiencias:

«Séame permitida aquí una digresión, para decir que estoy, hace veintiún años, al servicio del Señor y, especialmente en España, he sufrido bastantes contrariedades por largo tiempo, hasta el extremo de estar seis meses preso; pero, jamás Satanás había llegado a herir mi rostro, como lo ha hecho en Chile. Gloria a Dios porque he recibido esta nueva experiencia. Jamás había confiado que yo podría aguantar semejantes pruebas; pero, gracias a El, he recibido este nuevo

poder, de dominar mi hombre viejo por la causa del Señor».

La obra, empero, seguía adelante, contra viento y marea. Noche tras noche, eran las reuniones interrumpidas por los enemigos, empecinados en detener su progreso. Pero, en medio de todas estas dificultades, la obra del Señor seguía siempre adelante.

Al final de los seis meses de trabajo tenía don José unas 40 personas convertidas, y decidió buscar un nuevo local, más amplio, el que ocupó en San Pablo 1694.

Mejoró la asistencia en el nuevo local, y se creyó llegado el momento de la organización formal de la iglesia, acto que tuvo lugar el 8 de Octubre de 1898.

Dividió a los miembros en clases, les nombró un guía, según el sistema de Wesley. Reuníase frecuentemente con ellos y les daba instrucciones, des-

arrollándose las clases muy satisfactoriamente.

Presentó un plan de finanzas, que fué acogido con entusiasmo por la iglesia, comenzando los hermanos, desde el primer año, a contribuir al sostén del pastorado.

Dió principio a una clase de canto, para enseñar los himnos, y numerosas personas se interesaron.

Las reuniones de experiencias eran vivas y muy interesantes. Los testimonios eran cortos y seguían, sin perder un minuto, uno después de otro. Las palabras de aquellas almas agradecidas brotaban del corazón, los ojos de los asistentes llenábanse de lágrimas. Estas reuniones eran tan bien asistidas como las del día Domingo, y se prolongaban hasta las diez u once de la noche, pues era imposible detener a los hermanos en su deseo de testificar a Cristo.

Pronto organizó una sociedad de señoras, y con ellas se reunía, una noche en la semana, a fin de instruirlas en la Palabra de Dios y hacerlas idóneas para colaborar en la obra. Este elemento femenino llegó a ser muy eficaz en la extensión del Evangelio.

La Escuela Dominical interesó siempre al señor Torregrosa. Al terminar su primer año de trabajo, tenía una matrícula de 18 niños, 22 niñas y 40 adultos. A todos los dividió y clasificó en grupos.

Abrió locales de predicación en diversas partes de la ciudad, los cuales estaban a cargo de los guías y exhortadores que él había nombrado. Siempre concurría él y tomaba parte, remachando cuanto se había dicho y testificado en la reunión. Estos locales fueron el medio de ganar algunas familias nuevas para la iglesia.

Trabajó don José incansablemente,

por espacio de tres años, en esta capital, tratando de llevar el mayor número de almas posible al reino de Dios. Hubo conversiones notables de individuos y de familias enteras.

«Irá andando y llorando el que lleva la preciosa simiente, mas volverá a venir con regocijo trayendo sus gavillas.»

Así fué, como dice la Sagrada Escritura, con respecto a don José Torregrosa. Vino a romper el hielo del indiferentismo y a desalojar las tinieblas del error, y el Evangelio se abrió paso.

Fué participante en los sufrimientos de Cristo, insultado, abofeteado, mas, siempre con pecho de bronce y fe gigante en su Salvador, perseveró en su propósito y el Señor le dió la victoria.

Al terminar su pastorado en la capital de Chile, dejaba don José una Iglesia Metodista organizada, con 31

miembros en plena comunión, 16 probandos y no menos de 80 adherentes. Esa fué la iglesia madre de las demás iglesias metodistas, que hoy día se encuentran establecidas en Santiago.

II

Otros pastorados

En 1901 fué enviado don José a La Serena, desde la capital, a una iglesia anteriormente organizada, y llevó allá, para la edificación de los hermanos, el rico caudal de su variada experiencia, consolidando aquella obra y propendiendo eficazmente a su desarrollo.

Pero sus cualidades probadas de zapador, debían ser puestas en acción nuevamente, cuando de La Serena se le destinó a Quillota en 1902

para abrir obra nueva en aquella localidad. Otros puntos adyacentes, como Limache y Nogales, fueron visitados por él, entonces, formándose grupos de fieles que adoraban a Dios en espíritu y en verdad, habiendo abandonado el culto de las imágenes y la forma rutinaria de la devoción romana.

En aquellos días ¡cuántas veces no recordaría el señor Torregrosa, para su estímulo y aliento, las palabras de Isaías, referentes al mensajero de Jehová! «¡Cuán hermosos son sobre los montes los pies del que trae alegres nuevas, del que publica la paz, del que trae nuevas del bien, del que publica salud, del que dice a Sión: Tu Dios reina!»

Después de Quillota, debió servir todavía las iglesias de Angol, Victoria y los Angeles.

En este último punto fué donde

vino a experimentar los grandes dolores del fallecimiento de su esposa y de su hijo Samuel, que tan profundamente quebrantaron su salud y sus fuerzas físicas. Hasta entonces, en las iglesias de Angol y Victoria, principalmente, había desplegado aquella energía y ardimiento en la obra, que fueron sus características constantes.





CAPITULO X

Su enfermedad

Don José había sido siempre sano y vigoroso. Hasta los sesenta y ocho años había conservado la lozanía de su espíritu jovial. De apostura erguida, era muy seguro para caminar.

Había alcanzado, sin embargo, una edad en que se experimentan quebrantos profundos, como las páginas que van en seguida lo comprueban.

A principios de 1912 una repentina

enfermedad atacó a la señora Torregrosa, falleciendo un mes después.

Habían vivido juntos 44 años. Verse privado de su compañera, fué motivo de grande aflicción para él.

Una carta suya que de aquella fecha conservo, revela, sin embargo, cuán grande y profunda es la consolación que en tales aflicciones tienen los hijos del Señor. Transcribo en seguida parte principal de aquella carta:

«Los Angeles, 1.º de Junio de 1912.—Amado hijo Moisés: Tengo que hacer un extremo para poderte escribir; hoy me resuelvo.

«Cuando acaeció nuestra desgracia en la tierra, fué el 9 de Mayo a las 3.30 de la tarde. No deseo hablarte mucho de esto, pero sí, te diré que, gracias a Dios no nos queda ninguna cosa que remuerda nuestro corazón y aumente nuestro dolor. Murió en los brazos de Samuel y míos; pidió

sentarse, la sentamos, y mi brazo, cruzado con el de Samuel por su espalda, fué su último lecho, porque en aquel instante sin ningún esfuerzo, entregó su alma a su Señor y nuestro. Yo no me separé de su cabecera ni un momento; sólo por dormir apenas poco. Eramos tres: Samuel, la Nieves y yo. Doctores, medicinas, y cuanto ha sido necesario, todo tuvo, gracias al Señor. Al verme siempre su enfermero, para todo, noche y día, exclamó: «¡Pobre Torres, cuánta paciencia tiene conmigo!»

«¡Pero no más tristeza! ¡Arriba los corazones! Ella no vendrá aquí, pero, Moisés: sea nuestra firme convicción que nosotros iremos allá. ¡Gloria y aleluya que la veremos! ¡Vivamos siempre esperando nuestra partida. No conviene, hijo mío, que tengamos nuestra vista aquí abajo y mirando el sepulcro acariciemos los pensamientos

que nos presentan los horrores de la tumba, no, sino que levantando arriba nuestro pensamiento, como quien mira por encima de una quebrada (la muerte) al otro lado de enfrente, veamos allí lo que nos espera a los salvados por nuestro buen Jesús.

«Después vino Ester, Ruth, Aurelio, Abel, Concepción y los niños. También vinieron al entierro Valenzuela, Venegas y Reyes.

«Con todo, glorifiquemos a Dios; en primer lugar, porque sabemos que ella está experimentando, prácticamente lo que tanto tiempo veía por fe. ¡Cuánto se gozará ahora! En segundo lugar, tenemos que dar gracias a nuestro Padre, porque no hay duda, que ha sido su fallecimiento para nosotros la voz de alerta y la señal de prevención para nuestra partida.

«Debemos, pues, como sabios, consagrarnos por completo a estar en

relaciones más íntimas con el Señor, leer más su Palabra, orar más para adquirir una completa confianza y seguridad de todo lo que nos dice en ella, trabajando de continuo para llevar al cielo el mayor número posible de almas, empezando por nuestros hijos y esposa.

«Estoy trabajando en silencio para que todo esto que digo, sea en mí una verdad.

«Escríbeme, Moisés, pero nada de lo pasado, sino del día; cuéntame de la obra de Dios, de Celinda y de la Martita.

«Partícipale de mi amor a Celinda y regocíjate con tu hijita mientras que Dios te lo permite.—Vuestro padre que os ama, JOSÉ TORREGROSA.

Pastoreaba entonces la congregación de los Angeles, al frente de la cual continuó todo aquel año.

En aquel año fuí yo trasladado de

Punta Arenas a Nueva Imperial, desde donde iba yo a visitarle con alguna frecuencia. Era evidente que se había operado un cambio muy marcado en el estado de su ánimo.

El 24 de Junio de 1913, recibí yo en Nueva Imperial un telegrama de Antofagasta, que decía: «Samuel ha fallecido ayer de la viruela». Resolví trasladarme al punto a Los Angeles, al lado de mi padre, a darle parte del triste suceso, de la manera más prudente que se me inspirase. El, sin embargo, había recibido ya la misma comunicación.

Recio era el golpe, pero era necesario resignarse a la voluntad de Dios y sobreponerse a aquella terrible aflicción.

A los pocos días de haber yo regresado a mi campo de trabajo, recibí la noticia de que mi padre había caído en cama, víctima de una parálisis de todo el lado izquierdo. Traslademe

a su lado nuevamente y le acompañé por espacio de diez días.

Podría decir que comenzaba una segunda infancia. Era preciso tratarle como a un niño.

Le dominaba una inmensa ternura. No podía casi hablar sin que corrieran las lágrimas por sus mejillas.

Recuerdo que muchas veces me dijo: «Moisés, hay lágrimas que son de dolor y lágrimas que son de alegría. Estas que tú ves en mí son de alegría».

Tenía yo la costumbre de leer la Biblia y orar con él todos los días. En ocasiones me llamaba y, un tanto desesperado, me decía:—«No puedo orar; mis pensamientos no me acompañan. Ora tú».

Mostrábase vivamente interesado en el desarrollo de la obra evangélica en Chile y en el mundo entero.

Vivía en estado de resignación contínua. Repetía de memoria frecuentes

pasajes bíblicos y cierto día, que se sentía muy mal, me dijo:—«No tengo miedo a la muerte. Si en este momento recibiese la orden de partir, la recibiría con gozo, y diría: Bendito Dios, aquí estoy. Llévame». Era inmenso su regocijo, cuando pensaba que pronto se reuniría a su querida esposa, a su hijo Samuel y a sus otros deudos; por esto con frecuencia cantaba:

«Meditad en que hay un hogar,
En la margen del río de luz,
Donde van para siempre a gozar
Los creyentes en Cristo Jesús».

Sus palabras eran profundamente sinceras.

Debido a los prolijos cuidados médicos y del hogar y sujetándose a una dieta muy liviana, fué recuperando sus fuerzas.

Me lo llevé conmigo a mi propia casa, en Nueva Imperial.

Un segundo ataque sufrió, en Noviembre de 1914. Le llevé entonces a Santiago, y merced a las atenciones de algunos buenos médicos, volvió a recuperar, en parte, su salud.

Durante el invierno de 1915, y a instancias de mi buen amigo y hermano en la fe, don Francisco Arcos, de La Serena, trasladóse allá mi padre, y lo pasó muy bien en el cómodo hogar de estos hermanos.

En 1916 fuí trasladado a Santiago, para que me hiciese cargo de la II Iglesia Metodista en esa ciudad. Vínose entonces a mi lado. Pasó bien algún tiempo. Comió con buen apetito el primer año y hacía frecuentes paseos al Parque Cousiño y a la Plaza de Armas, sus lugares favoritos, llevando siempre consigo su querida Biblia, debajo del brazo.

Más adelante renunció a toda clase de ejercicios por sentir gran decaimien-



CAPITULO XI

En el valle de sombra de muerte

Llego ahora a las escenas finales de la vida de mi querido padre. Entro en la narración de este capítulo, haciendo esfuerzos superiores a mi voluntad, pues cuando procuro traer a la mente aquel día tristísimo, los ojos se me llenan de lágrimas y mi mano se niega a escribir.



CAPITULO XI

En el valle de sombra de muerte

Llego ahora a las escenas finales de la vida de mi querido padre. Entro en la narración de este capítulo, haciendo esfuerzos superiores a mi voluntad, pues cuando procuro traer a la mente aquel día tristísimo, los ojos se me llenan de lágrimas y mi mano se niega a escribir.

Mas, he comenzado la tarea y debo terminarla.

Estamos en el día Jueves de la semana de Pasión. En la noche de aquel día debía yo dar la Santa Cena en la II Iglesia. Aprovechando la ocasión de que mi hermana Concepción se encontraba en Santiago, y que debía partir al sur esa misma noche, mi padre manifestó el deseo de celebrar la Cena, reunido con la familia. Le condujimos a nuestra sala, en conformidad con su deseo, y allí tuvimos una agradable reunión, participando de los elementos simbólicos de la muerte de Cristo, todos juntos, en unión de mi esposa, de mi hijita Marta, y de Nieves.

Aquella misma tarde vinieron a visitarle (circunstancia providencial y grandemente significativa) tres hermanos en la fe, que eran de sus primeros convertidos en Chile, Vicente Mendoza, Víctor Pavez y otro cuyo nombre

no conservo, personas a quienes profesaba mi padre un afecto particular. Expresáronle el imborrable cariño que habían guardado siempre en su corazón para él, proporcionándole de esta manera una satisfacción muy profunda y oportuna.

Cuando se recogió a su dormitorio, aquella tarde, parecía haber experimentado una saludable reacción. Al despedirme de él y darle las buenas noches, me dijo: «Yo he concluído mi carrera, he conservado mi fe, y ahora sólo me queda ir a recibir la corona de vida, que Dios tiene ofrecida a los que le aman».

Luego recitó la siguiente estrofa:

«Oh! ¿Cuándo a Jesucristo
Podré mirar sin velo.
Y con El en el cielo,
La eternidad pasar?
Del yugo que me oprime
¿Cuándo seré librado?
Aquí estoy trabajado
Y anhelo descansar».

El Viernes Santo, al ir a saludarle, le encontré con los ojos fijos y en perfecta paz. Casi no podía hablar. Me hizo señas para que me acercara; acerquéme y le abracé. «Me siento mal,» me dijo, «y creo que hasta hoy no más os acompaño».

Una profunda emoción se apoderó de mi ser, cuando de sus labios escuché esas palabras.

Notaba yo que se acercaba visiblemente su momento final. Resolví, en consecuencia, permanecer con él y no apartarme de su lado un instante.

A eso de las 9 de la mañana sufrió una serie de ataques que le privaron del conocimiento. Le prestamos todas las atenciones necesarias y, al cabo de dos horas, cesaron los ataques; quedó en estado de tranquilidad, respirando profundamente, pero sin abrir los ojos y sin articular palabra.

Pasé el día junto a su cabecera. Púsose el sol y densas tinieblas cu-

brieron la tierra. Nuestro querido enfermo siguió respirando tranquilamente, hasta cerca de la media noche, hora en que la respiración se hizo más lenta.

Sus últimos momentos llegaban. Me acerqué a su oído y, haciendo supremos esfuerzos le hablé, infundiéndole ánimo para cruzar el valle de la muerte; invitándole a que pusiera toda su fe y esperanza en Cristo, a quien él tan fielmente había servido, y al terminar le pregunté si me comprendía. Volvióse a mí y con levísima sonrisa, hízome señal afirmativa; luego, cerrando sus ojos blandamente, entregó el espíritu al Señor. En aquel mismo instante el reloj dió la una.

. . . .

Aquel aposento, a pesar de la tristeza que dominaba a todos, parecía rodeado de célicos fulgores... Afuera una paz inmensa descendía del firmamento.



CAPITULO XII

Predicador de un tema

El gran reformador Lutero tuvo un tema, el que resultó de su conflicto espiritual y de su triunfo. Don José, habiendo sido también católico y obtenido después la experiencia evangélica, tenía también el tema de la salvación, por gracia, mediante la fe en Cristo.

Jamás perdió de vista que era un mensajero del Señor.

Sus sermones eran determinados y

precisos: dirigíanse con rectitud de acero al corazón de sus oyentes. En nada había vacilación o duda.

Nada de conjeturas en él, ni de expeculaciones; nada de roer huesos ni de cortar el nudo gordiano de las dificultades apocalípticas, ni de edificar con madera, paja u hojarasca, mientras las almas morían y el infierno se poblaba. ¡Nada de eso! El quería salvar almas, arrancar tizones del incendio, evitar que un alma se perdiera.

Cristo era su pasión. Sabía perfectamente bien que no hay otro nombre, debajo del cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos. Y aunque la palabra de la cruz es locura para los que se pierden, es potencia de Dios para la salvación de los que creen.

Don José tenía conocimiento experimental de lo que enseñaba. Habiendo atesorado un número crecidísimo de observaciones, hechas en sus via-

jes y en su contacto con personas de distintas categorías y condiciones, sabía hacer interesante la presentación del mensaje, que en él tenía siempre el sabor y la animación de la vida y que ilustraba con acertadísimas anécdotas.

Rico en dones naturales, ameno y sugestivo, ponía siempre en su palabra aquella sazón y gracia que es recomendada por San Pablo.

En el púlpito poníase completamente a discreción del Espíritu de Dios y lanzaba, por lo tanto, su palabra con autoridad consciente y con poder. Los resultados eran positivos. Los pecadores dejaban el pecado y se ofrecían para servir a Dios y, bajo su dirección espiritual, llegaban a ser cristianos completos y cabales.

Sus sermones eran extemporáneos; breves, por regla general, no excediendo de 30 minutos.

Centenares y aun millares de almas

en España, Argentina y Chile, expresan hoy el testimonio de su gratitud hacia este instrumento, del cual se valió el Señor para su conversión.





CAPITULO XIII

Algunos testimonios

Para hacer completa esta biografía, me ha parecido cosa necesaria solicitar a algunos de los compañeros de Ministerio de mi padre, testimonios que reflejasen las impresiones particulares que ellos hubieren recibido del biografiado en sus relaciones como Ministro de la Palabra de Dios o como compañero y amigo. Galantemente han respondido a mi petición

cuatro pastores chilenos, y con el debido agradecimiento inserto en seguida sus cariñosas y benévolas expresiones, que constituyen un tributo de amor y simpatía a la memoria del compañero que les ha precedido a recibir la corona de la vida.

Del Rev. Rómulo Reyes:

El Rev. José Torregrosa fué un gran luchador y un predicador esforzado. Convertido al evangelio de Cristo en su juventud, en su país natal, España, tuvo que sufrir grandes persecuciones y obstáculos que su ascendrada fe y firmeza de voluntad le permitieron afrontar y vencer. Aprisionado, azotado y perseguido de mil maneras mantuvo siempre su fe y su esperanza,

Llamado al trabajo ministerial, fué un obrero incansable y un predicador ungido.

En Chile, donde desempeñó la mayor parte de su trabajo ministerial, tuvo también que afrontar, con energía y valor, las dificultades y tropiezos, inherentes al establecimiento de obra evangélica en una nación romanista.

Fué fundador de la obra en Valparaíso y Santiago. Desempeñó el pastorado de varias iglesias y muchos fueron los llevados a Cristo por su ministerio. De carácter ameno y espiritual, su compañía era muy agradable; formó un hogar respetable y santo. Su esposa fué una acendrada cristiana y tuvo el privilegio de ver a sus dos hijos predicando el evangelio. Los últimos años de su vida fueron de ruda prueba: perdió a su hijo, el Rev. Samuel Torregrosa, llamado por el Señor a las mansiones celestiales, poco después de su querida esposa y más tarde una grave y larga dolencia, le obligó a resignar sus tareas ministeriales, dolencias que sobrellevó

con la paciencia y energía del cristiano, dejando, por fin, este mundo, en los brazos de su hijo, el querido hermano Rev. Moisés Torregrosa.

La vida del hermano don José Torregrosa, fué una bendición al mundo y muchas son las almas que, mediante su predicación, han encontrado su Salvador y la bienaventuranza eterna.

Para mi alma fué una bendición conocer y trabajar en el ministerio en compañía del Rev. José Torregrosa. —RÓMULO REYES.

DEL REV. ANSELMO NAVARRETE:

En Santiago de Chile, en una modesta sala de calle Romero, casi esquina Maipú, en una noche de Miércoles, concurrí a un culto evangélico. El tema del predicador aquella noche fué: «Pecador, ¿cuál será tu refugio?» (Salmo 107:6). Disertó el orador acerca

de una gran multitud de gente (la humanidad) en un desierto (el mundo) repentinamente sorprendida por un recio torbellino (la muerte). Con derroche de elocuencia pintó a lo vivo el espanto de los padres por salvar a sus hijos, la angustia de los hijos por el llanto de sus madres, descubriendo una escena de tristeza, de dolor y de angustia infinita. Esa muchedumbre inmensa buscando con amarga desesperación un seguro refugio, divisó allá a lo lejos, un edificio (cimentado sobre la Roca eterna de los Siglos) con una puerta angosta, pero real y fuerte. Allí se lee un aviso en su dintel:

Cristo Crucificado
Es tu refugio.

«Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, que yo os haré descansar.»

Ya se acercan. Muchos dudan. Otros vacilan. Estos se detienen. Aquéllos se abren paso y entran por la puerta estrecha. Son salvados por Cristo. Así es el mundo, así es el torbellino de la muerte, así es el bendito Salvador. Pecador, la tempestad arrecia, el fin de todas las cosas se acerca, ¿cuál será tu refugio? Acepta hoy a Cristo. Sé salvo en su amor. ¡Ven, ven a Jesús, ven, tal cual estás ahora, esta noche...!

Era tal la vehemencia con que predicaba el pastor, era tan clara su dicción y transparente su presentación del mensaje divino, era tan conmovedora la demostración de la sinceridad, que llenaba sus palabras de fuego evangélico, que su sermón me llevó a los pies de Cristo aquella misma noche. Ese pastor y orador sagrado, era don José Torregrosa: mi padre en el evangelio de la gracia.

Yo quisiera colocar en su corona de

inmortalidad y de luz, una azucena de las manos de la Gloria, mientras siento la grata sensación de la luz de la esperanza fulgurar en mi pecho de verlo y oirlo otra vez allá en la luz pura de Dios, junto al Santo Trono.—ANSELMO NAVARRETE.

DEL REV. ROBERTO ELPHICK:

Como miembro de la misma Conferencia Anual a la que el Rev. José Torregrosa perteneció, pude conocerle íntimamente. Pude observar las cualidades que le hicieron buen hermano y fiel ministro de Jesucristo. Dotado de una inteligencia despejada, profundamente convencido de la verdad, la que supo defender y propagar con energía; conocedor del corazón humano, supo tocar sus cuerdas con ternura, con un afecto que cautivaba; su buen humor, sus ocurrencias bien

sazonadas con gracia llevaban el convencimiento adonde los argumentos más lógicos hubieran fracasado; su amor a Cristo le constreñía a predicar su evangelio con santo fervor, e ir en busca de los descarriados con paciencia y a perseverar en medio de la adversidad y del sufrimiento.

En su trato personal era siempre alegre. Donde estaba el hermano José Torregrosa, todos reían. Su corazón generoso, franco como el de un niño, desconocía el arte de la diplomacia, y manifestaba su opinión sin ambajes, pero con una gracia tal, que jamás se ofendían sus amigos.

Fué un buen amigo, un fiel consejero, un valiente predicador. Testigos de esto son los numerosos creyentes que se convirtieron por su ministerio y que le recuerdan con cariño y gratitud.

Una vida como la suya no se esfuma

en el vacío. Sus obras le siguen, el recuerdo de sus victorias inspira, el ejemplo de su personalidad alienta. Nosotros seguimos cosechando lo que él sembró.—ROBERTO ELPHICK.

DEL REV. EMETERIO BÁEZ:

La memoria de los hombres no se escribe tanto por las múltiples actividades que en general hayan desplegado, sino por el esfuerzo gastado constantemente, con fidelidad y energía, en pró de los ideales nobles.

Allí es donde se templa el carácter y se funde el alma de esos luchadores de ideas, pues es allí donde se destaca el valor verdadero de la vida. En el curso de los hechos del desenvolvimiento humano, cada época tiene sus caracteres propios llamados a abrir surcos para arrojar la semilla del bien y del progreso.

Este mismo proceso se ha seguido en la obra evangélica en Chile. Todos sabemos las grandes batallas que fué necesario librar contra las preocupaciones sectarias y sociales de los primeros tiempos de la obra evangélica, y contra la enconada intransigencia del clero romanista. Los que pertenecemos a esa época bien lo recordamos.

Don José Torregrosa tuvo una participación muy interesante en los comienzos de la obra. Como predicador y pastor evangélico de nuestra iglesia Metodista Episcopal cúpole desempeñar su labor cuando aun esa lucha de secta estaba vigorosa en su fuerza de oposición, por los elementos clericales.

Una de las cualidades que más distinguió a este noble obrero cristiano, fué su valor moral para denunciar el pecado y proclamar con su elocuente sencillez el sublime mensaje del Señor. Su alma llena de fuego y convicción

evangélica amaba al pueblo con el impulso de una pasión; dominado por ese sentimiento lanzó su verbo vibrante, derribando los errores y prejuicios de un pueblo envuelto en el ropaje de fanáticas supersticiones. Hablaba con poder, el poder de la verdad; convencía, despertaba las conciencias, exhortaba, corregía, consolaba, instruía en la Palabra de Dios. ¡Y muchos hallaron la salvación por su intermedio!

La oposición exterior nunca le intimidó; antes avivaba su entusiasmo, y las dificultades internas jamás le desalentaron. Siempre activo, siempre enérgico, siempre fiel parecía animado de una fuerza inagotable que le impelía a marchar siempre adelante.

Así se explican sus triunfos como organizador de iglesias y de batallador indomable. En ese temple de voluntad, en la firmeza de carácter, en esa confianza absoluta en Cristo, descansaba

el secreto de los buenos frutos de su obra, frutos que aun permanecen...

Es para mí, que tuve oportunidad de conocer al hermano Torregrosa, por algunos años y apreciar sus trabajos, un gozo y un deber trazar estas líneas como una humilde, pero sincera ofrenda a la memoria de un noble siervo de Dios, de quien podemos aprender mucho, y que hoy goza de la presencia de Cristo en la eternidad a donde ha sido promovido como «buen siervo y fiel».—EMETERIO BÁEZ.





CAPITULO XIV

Apreciación

El benévolo lector, que ha recorrido apreciativamente los capítulos que componen esta biografía, me permitirá poner término a este trabajo con unas palabras de apreciación, como justo tributo filial, a la memoria de mi querido padre, el Rev. José Torregrosa.

Sus lecciones, sus virtudes y los ejemplos de su vida, en sus relaciones como esposo, padre y pastor, fueron

eficaces en gran manera, para la constitución cristiana y piadosa de su familia. Un testimonio fehaciente de esto es el hecho de que, sus dos hijos, Samuel Torregrosa y el que esto escribe, llegaron a ser Ministros de la Palabra de Dios, en la misma iglesia a que él y su esposa, señora Rosa Visens de Torregrosa, consagraron sus energías, su talento y su vida entera.

En su trato social, don José era sencillo. Su excesiva bondad, su amable carácter, su palabra franca y expresiva, lo correcto de su traje, en cualquier parte donde se presentara, llamaban la atención, pues sabían que tenían delante a un hombre digno y respetable. No solamente los hombres, sino las mujeres y los niños sentían por él vivas simpatías.

Vivió con modestos emolumentos los cuarenta años de su ministerio. A pesar de esta circunstancia sus actos

generosos fueron múltiples, no dejando que su izquierda supiese lo que hacía su derecha.

Como organizador, fué prudente en los planes, enérgico en su realización e incansable en el celo.

Como ministro del Señor, defendió la sana doctrina; hizo frente a los enemigos de la verdad; gobernó bien la casa de Dios; consoló a los que sufren; edificó a los santos; guió a los irresolutos; ganó y nutrió las almas.

Estos y otros trabajos innumerables, que don José realizó en su vida, no son para ser ejecutados por un espíritu débil, sino por seres particularmente dotados de poderosa inteligencia y de gran corazón, a los cuales Dios solamente ha llamado.

Si se tiene en cuenta la participación que le cupo al señor Torregrosa en la extensión de la obra en España, Argentina y Chile, puede reclamarse pa-

ra él un puesto de primera fila, entre los aguerridos caudillos de la obra evangélica en la Península Española, como asimismo del Metodismo en la América Latina.



EPITAFIO

Ya descansas... Podemos envidiarte:
Por muchos bienes que nos brinde el suelo,
Todos juntos no valen ni una parte
De la dicha que gozas en el cielo.

Si a nosotros es dura tu partida,
Con gozo otros allá te han recibido:
Y tu alma, feliz con Cristo, olvida
Lo mucho que en la tierra has padecido.

C. ARAUJO.





INDICE





— ESTADO 63 —


INFORMATION
SERVATION, INC.